

## ELOGIO FÚNEBRE DE D. SANTIAGO MASARNAU,

LEIDO

POR D. VICENTE DE LA FUENTE

en la velada literaria que celebró la Juventud Católica de Madrid en la noche del 29 de Diciembre de 1882, para honrar su memoria.

No necesita el Catolicismo inventar anécdotas, cuentos ó leyendas para enseñar la práctica de la moral y las virtudes, pues tiene las vidas de los Santos, que constituyen lo que se llama *el Evangelio en acción*, muy superior á la llamada *Moral en acción*, por buena que sea, sin hablar de esa otra mal llamada *Moral filosófica é independiente*; la cual, semejante al agua estancada de los pantanos, ni refresca ni limpia, sino que hiela, ahoga y mata.

Pero si el Evangelio en acción contiene los hechos, no de Santos, en cuyas vidas, abstrayendo de los milagros aprobados por la Iglesia, encontramos mucho que imitar y otra parte que sólo es para admirar, cuando esto lo hallamos en personas de nuestros dias, que con nosotros han vivido, siendo de nuestra clase, edad y tiempo, sus hechos y sus virtudes nos enseñan y edifican más, y nos parece oír aquella voz misteriosa que decía á la conciencia del Gran Agustin, al tiempo de su conversión y terribles luchas:—«¿Lo que hacen ese y esa, por ventura no lo puedes hacer tú?» —

Ahora pues, señores, cuando por indicación vuestra, para mí altamente honrosa, voy á dedicar muy breves momentos á decir algo, de lo mucho que habria que narrar, acerca de la santa vida, caridad ardiente, amor á la pobreza, humildad reconcentrada y otras bellas cualidades de nuestro querido é

inolvidable amigo D. Santiago (1), voy á manifestar como cumplió, no solamente los preceptos, sino los consejos del Evangelio, enseñándonos con la palabra y el ejemplo, como Cristo, Nuestro Señor, á quien tuvo por modelo.

Caliente todavía su cadáver, al amortajarlo sus amigos y admiradores, besé con respeto su yerta mano, antes que se cruzaran sus dedos, segun habia mandado él mismo, para que se colocase entre ellos el signo de nuestra redención, segun la antigua y piadosa costumbre de nuestros mayores. Hube de marchar, harto conolido, á escribir algo de su vida y santa muerte, accediendo á una amistosa exigencia y para publicarlo con premura en un periódico católico (2). Apenas recuerdo lo que escribí: sobre el papel habia más lágrimas que tinta. ¡Cómo coordinar las ideas en aquel momento! No quiero leer más lo que entonces escribí; y en todo caso, ¿á qué volver á leer lo que ya quizá habreis leído?

La vida de D. Santiago Masarnau no es ya para artículo de periódico ni revista, ni tampoco para folleto ó memoria literaria, no; es y tiene que ser asunto de un libro, y libro muy edificante, y no habrá gratitud, ni decoro, ni conciencia, ni sangre española en las venas de los que pueden y deben escribirlo si el libro no se escribe, y se publica, y todo ello pronto.

Pero vosotros, mis queridos amigos de la Juventud Católica, no quereis que os hable del excelente músico y compositor, del hombre de mundo y de la sociedad cristiana al par que escogida y elegante durante su juventud, ni del viajero por extranjeros países, sino del hombre de caridad, del amante de los pobres y de la juventud desvalida, del fundador de la Sociedad de San Vicente de Paul, á quien, como tal, muchos de vosotros habeis conocido, tratado y admirado, como lo prueba este recuerdo que dedicais á su grata memoria.

Por corrompidas que sean las costumbres de una época y

(1) Por D. Santiago era conocido entre los pobres y personas caritativas y religiosas de Madrid, sin necesidad de decir su apellido. Entre las religiosas francesas es *le Bere Jacques*.

(2) *La Unión* del día 15 de Diciembre.

de un país, Dios nunca lo abandona por completo y no deja de enviar hombres de virtud que en él sirvan de modelo. Nosotros los hemos tenido en España; entre nosotros han vivido, y los hemos visto y escuchado. ¿No hemos conocido al Excelentísimo Sr. D. A. Claret? ¿No hemos tenido en época no remota á los célebres PP. Carasa y La Calle, de la Compañía de Jesús; á D. Melchor Higes, de los Paules, á quien tanto amó y respetó D. Santiago, y á su compañero el Sr. Borja, á quien Dios privó de la vista corporal para abrir los ojos de su alma, la cual entregó á Dios estando en oración y de rodillas?

Y no hablemos de esas otras virtudes, que viven y mueren ignoradas en el fondo de un humilde y retirado claustro, de esos piadosos invernáculos donde Dios se reserva algunas plantas, cuya fragancia no alcanza á disfrutar el siglo, el cual, en su ruindad, no sabría aspirarla ni apreciarla. Ni tampoco de esas virtuosísimas señoras, que, en asuntos de Caridad, están de vuelta cuando nosotros vamos.

En vez de referiros la genealogía de D. Santiago Masarnau, á estilo de biógrafos y genealogistas, os diré algo, aunque sea divagando, acerca de la vuestra, en el origen de la de San Vicente de Paul, que implantó en España D. Santiago, el cual á su vez la vió nacer en París, entre unos pocos jóvenes católicos, estudiantes, amigos de polémica con los indiferentistas del año 1830, que por entonces eran los precursores de los actuales antifrásticos *racionalistas*. No eran tampoco muy afortunados aquellos tiempos, en que Lamennais, despues de haber combatido victoriosamente el indiferentismo de su época, queria lanzar á la Iglesia y al Pontificado por los caminos tortuosos de pesimismo y de segura perdición.

Masarnau se asoció al grupo de aquellos jóvenes católicos y decididos, seculares todos, que dedicados á la propaganda católica, se entregaron desde luego á las obras de caridad y de misericordia, y aun de mortificación; asociando la virtud más débil con la más fuerte, la castidad bajo la salvaguardia de la caridad, segun la frase del P. Lacordaire.

Al regresar á España D. Santiago, dos años despues, encontró á esta en peores condiciones que las que dejaba en

Francia. Vió degollar á indefensos é inocentes religiosos, quemar conventos, robar iglesias, y matarse los españoles en sanguinaria y fratricida lucha. ¡Quién podía pensar por entonces en obras de caridad y aumento de Religión! Pero el Catolicismo verdadero no podia estar inactivo. El Catolicismo es caridad, la caridad amor, el amor fuego y el fuego no puede ocultarse, á ménos de extinguirse. A falta de conventos la caridad se acogió á los hospitales, y en Madrid buscó el más repugnante de todos ellos, el de San Juan de Dios, que el Venerable Anton Martin, su discípulo, fundó en sus propias casas, teatro de su no cumplida venganza. El año de 1842 comenzaron allí á enseñar la Doctrina Cristiana algunos piadosos seglares, imitando en esto lo que en años anteriores habían hecho allí los Padres de la Compañía. Entre aquellos pocos seglares se contaban D. José Laguna, D. Manuel Vicuña, D. José Sahagun y otros no ménos celosos y caritativos, con algunos otros, aunque ya pocos, que por fortuna todavía viven, y conservan sus piadosas tradiciones, cuya humildad ofendería si los nombrase.

¡Cuánto bien hicieron aquellos oscuros y virtuosos varones! El año 1845 ya habia entrado á reforzar sus filas una no pequeña falange de jóvenes recién salidos de las aulas de la Universidad, entre ellos nuestro Emmo. Cardenal Prelado, el Reverendo P. Lobo, íntimo amigo de D. Santiago, D. José Ferrer y D. Matías Arauz. De las poco visitadas salas de aquel hospital salieron todos ellos, como de piadoso noviciado, para recibir las sagradas órdenes, y otros, como Lobo, para entrar en religión. No faltaban tampoco allí virtuosos Sacerdotes como Herrero, Traña, Novoa y Tenorio.

De las salas de abajo, aun más tristes, destinadas á las mujeres, salieron poco despues varios institutos fundados por piadosas Hermanas de la Doctrina Cristiana, entre ellos el de las Adoratrices del Santísimo Sacramento para la reforma de las pobres jóvenes extraviadas, víctimas del vicio, que las conduce al hospital, el cual, con grandes apuros y contradicciones, fundó la admirable vizcondesa de Jorbalan: de allí tambien el de las Hermanas del Servicio Doméstico, fun-

dado por la virtuosa y humilde Doña Eulalia Vicuña. Allí concurrían la mayor parte de las ilustres damas, que luego formaron las Conferencias de señoras de San Vicente de Paul á imitación de las de hombres.

Corría el año de 1849 cuando se presentó D. Santiago en las salas del Hospital de San Juan de Dios, á reclutar gente á fin de plantear las Conferencias de San Vicente de Paul, para lo cual hacía vanos esfuerzos. Excusado es decir que tampoco salió de allí mejor parado. El trabajo de los Hermanos de la Doctrina Cristiana es muy rudo y no para todos los estómagos, así que eran y, por desgracia, son todavía pocos. Sacar fuerzas de donde escaseaban, y para nuevas y aventuradas empresas, era demasiado pedir.

Además era entonces Masarnau conocido como excelente músico; pero no como hombre de caridad. Pasaba por sugeto de buena sociedad, y su respetable y anchurosa corbata blanca, según la moda del año 1830, algo atrasadilla ya en 1849 le daban por entonces cierto aire de elegancia, que contrastaba con el aire desgarbado y casi levítico de los hermanos de la Doctrina. Pasaba además, por muy afecto á las cosas de Francia, aunque lo era más á las de Inglaterra, de cuya hospitalidad y costumbres conservaba muy gratos recuerdos (1).

Poco tiempo antes había tenido el feliz pensamiento de educar algunos hospicianos de Madrid por medio de la música, al tenor del latín, que la supone capaz de hacerlo, y de domesticar las fieras, y como había visto en Lóndres.

Fué grande su sorpresa al ver entrar dos cabos de vara, con las dos ó tres docenas de muchachos que había pedido.

Hizo que se retirasen los *cabos de vara*, pero hubo de arrepentirse luego, cuando uno de los muchachos, aprendiz de zapatero, en la misma escuela coral dió una cuchillada á otro con la herramienta de su oficio, dejándolo medio muerto. Horrorizado con tan triste é imprevisto desengaño, hubo de

---

(1) Por entonces tuvo que ser miliciano *forzoso*, y era lo bueno que cuando le tocaba de guardia se llevaba á prevención... ¡el Kempis!

suspender sus lecciones, viendo al ménos por aquella vez, fallida la regla,

*Emollit, et mores non sinit esse feros.*

De estos desengaños sufrió varios. Contaba él mismo que habia contribuido á la formación del Ateneo de Madrid, dando idea de lo mejor que habia conocido de tales Institutos en el extranjero. Pero al ver el sesgo que tomaba se retiró desde luego.

Por tanto no es de extrañar que se desalentára en la empresa de establecer la Sociedad de San Vicente de Paul en España, y sobre todo, en Madrid, á pesar de las instancias, que de París le hacían sus antiguos amigos y compañeros, que le habian visto trabajar allí con tanta asiduidad y celo.

Pero del fracaso que sufrió en San Juan Dios, la Providencia vino á sacar partido. Uno de los hermanos que escucharon la conversación, reflexionó sobre ello, y, contra la general opinión, halló el proyecto no sólo plausible, sino hacedero, sin perjuicio de la Congregación de la Doctrina.

Era profesor del colegio de Masarnau; pero trataba poco á D. Santiago. En cambio era amigo de D. José Duaso, el juez de la capilla de Palacio, á quien visitaba aquel, y respetaba mucho. Duaso, que era caritativo, alentó á D. Santiago.

Algun tiempo despues, al volver del entierro de D. José Duaso, se hallaron D. Santiago y el Profesor, y se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Habló V. con D. José Duaso, acerca de una Sociedad que se llama de San Vicente de Paul?

—Sí señor.

—¿Pues de qué la conoce V., no habiendo estado en Francia?

—No sé de ella, sino lo que dijo V. en San Juan de Dios hace poco tiempo.

—¿Y V. cree que podría plantearse aquí? ¿Podría, en todo caso, contar con V.?

—Si tal, pues en ese concepto le hablé al Sr. Duaso.

—Pues, en tal caso, bendito sea Dios; ¡ya somos tres! Cuento con el profesor de francés que tenemos en el cole-

gio, nuestro amigo Ouradou, y de París me dicen que con tres se puede principiar.

Tenía lugar esta conversación el día 24 de Mayo de 1849. Todavía los preparativos de exámenes, y las vacaciones y la desconfianza de D. Santiago, difirieron la instalación.

Por fin el día 11 de Noviembre de 1850, día en que la Iglesia festeja á San Martin de Tours, el santo militar que en Amiens partió la capa con Cristo, se instaló la primera conferencia de Madrid y de España, en su misma habitación, y casi celda, dentro del colegio de su hermano, situado en el convento titulado en otro tiempo de las Vallecas.

Pocos días despues se agregó á ella un íntimo amigo suyo, que todav ía vive.

Lentamente se fué propagando la Sociedad de San Vicente de Paul en Madrid, y por España.

¡Qué intimidad, qué cariño tan verdaderamente fraternal, qué celo reinaban entre los primeros consocios! ¡Qué felicidad cuando lograban encontrarse juntos y á solas, y hablar de sus pobres, de sus sufrimientos, de su enmienda, y aun á veces de las decepciones que iban descubriendo! Parecía que se hallaban en los tiempos de la naciente Cristiandad en Jerusalem. Todo se le referia á D. Santiago, y se le escuchaba como á un oráculo.

El aumento de sócios trajo inesperados sinsabores. Anuncióse la división de la Conferencia que se comenzó á llamar de San Sebastian. Los designados para pasar á la de Santa María, segunda de Madrid, lo oyeron como una sentencia de marchar á Ultramar. Todos querian quedar en la de San Sebastian y al lado de D. Santiago.

Hubo por cierto un episodio, que no quiero omitir. Había entrado pocos días antes en la Conferencia el célebre Marqués de Valdegamas, el cual había tratado algo con D. Santiago en París. No estaba aun en el espíritu del Reglamento, y queriendo hablar sobre el asunto, soltó con su voz campanuda el inevitable:—«¡Pido la palabra!»—

Un cañonazo disparado en la habitación inmediata no hubiera causado más estupor. ¡Pedir la palabra en una Conferen-

cia! D. Santiago, con su calma habitual é imperturbable, dijo sencillamente: —Entre nosotros no se acostumbran esas fórmulas. Y en efecto, creo que no se haya vuelto á oír en las Conferencias de Madrid el parlamentario *vido la palabra*; y eso que aun en reuniones de católicos, que maldicen el parlamentarismo y sus fórmulas, suele haber lo de *llamar al orden*, —para rectificar—para una alusión personal, la votación nominal, y lo del *digno preopinante*.

El Marqués de Valdegamas llegó bien pronto á ser un excelente sócio, tan humilde como celoso y caritativo.

¡Pero cuánto tuvo que trabajar D. Santiago para formar el carácter y el espíritu de tantos sócios!

El nos enseñó á metodizar la vida y aprovechar el tiempo. A la puntualidad rigurosa y hasta por minutos.

A no faltar á la verdad ni aun en lo más ligero.

A no contestar á las injurias, sobre todo de los periódicos.

A huir de la político-manía.

A llevar apuntación rigurosa de todo y no fiar en la memoria sobre todo en lo relativo á ingresos y gastos.

A consignar en todos los escritos la fecha del día.

Y á otras cosas que de él aprendimos sin sentir, y quizá sin apreciarlas, aunque pudieran enumerarse entre las *pequeñas virtudes*.

En este país, donde hay las dos frases de la más alta y supina holgazanería, que son *hacer tiempo* y *matar el tiempo*, D. Santiago nos enseñó más con el ejemplo que con la palabra, no á *ganar tiempo*, frase equívoca, sino á *economizar el tiempo*, *metodizar el tiempo* y *utilizar el tiempo*, tasándolo como el pan en tiempo de carestía. Lo que esto influyó en la mejora moral de muchos sólo Dios lo sabe, y Dios probablemente lo habrá premiado.

Una cosa, al parecer insignificante, muestra la rigidez en el aprovechamiento del tiempo y su economía. Hará como unos cinco años que comenzó á dejarse la barba recortada, al estilo que vemos en los retratos de San Vicente de Paul. Hablando sobre ello nos probó, que por ese medio el año *tenía una semana más*. Veinte minutos de tiempo ahorrados tres

veces por lo menos á la semana, decia, suponen doce á catorce horas al mes: luego al cabo del año suponen por lo menos unos ocho dias.

Parecerá esto ridículo á los *fabricantes de tiempo*, que hacen tiempo diariamente, por cuatro ó seis horas, en cafés, casinos y tabernas, segun la calidad de las personas, personajes ó personalidades, y por lo comun *haciendo política*.

Y no fué solamente en la Sociedad de San Vicente de Paul donde se sintió la influencia de su educación moral, y con respecto á los sócios de Madrid y de los más allegados, sino tambien fuera de la Corte, á fuerza de una laboriosidad incansable, para llevar la correspondencia con más de 400 conferencias y con la mayor puntualidad y minuciosidad, sin dejar pasar sin correctivo la más ligera falta, aunque, despues de corregida, la echára pronto en olvido.

En muchas Hermandades y cofradias se notó la mejora, pues en ellas los sócios de San Vicente de Paul no hablaban de política, y si oian que se hablaba, suplicaban que se mudase de conversación, ó por lo ménos se callaban ellos. Procuraban evitar altercados y cortarlos, y se abstenia de andar en los cabildeos y cábalas electorales.

D. Santiago enseñaba como una de las máximas fundamentales de la Sociedad de San Vicente de Paul, que en ella nadie debe pretender ningun cargo, pero tampoco rehusarlo, y que debíamos tener como un voto de obediencia, sin hacer voto.

Despues de los tristes acontecimientos de 1854 á 1856 la Sociedad de San Vicente de Paul comenzó á prosperar mucho en España, con gran sorpresa de D. Santiago. En pos de una revolución impía, llegaba cierta especie de reacción piadosa, pero no del todo aceptable. El árbol se hizo frondoso, adquirió gran lozanía, y no son los árboles lozanos los que dan más fruto. Tenia, pues, necesidad de poda, y la tuvo en Diciembre de 1868. La revolución pensó matar la Sociedad de San Vicente de Paul, y su tolerancia intolerante ó tiránica, solamente logró darle mayor arraigo y consistencia: gustamos las amarguras de la persecución, y pudimos, á pesar de eso, decir

como los primeros cristianos:—«Iban llenos de júbilo, por haber sido tenidos como dignos de padecer contumelia por Cristo »

Suprimida la Sociedad de San Vicente de Paul, en uso del *inaguantable* derecho de la libertad de Asociación, surgieron al punto de sus ruinas varias Asociaciones católicas. Un mes despues, y antes de terminar el mismo desastroso año de 1868, nacia la Asociación de católicos, compuesta en su mayor parte de sócios de San Vicente de Paul, que no dejaban, digo mal, *dejábamos* por eso de serlo, pues los amigos más íntimos de mi Conferencia, y yo, seguíamos visitando á nuestros pobres, como si tal cosa pasara. ¡Y quién podría impedirnoslo! Si la revolución no tenía conciencia, tampoco podia mandar en la nuestra. Es verdad que no todos lo hicieron. Ya he dicho que el árbol necesitaba poda.

En la Asociación de católicos, los sócios de San Vicente de Paul propendíamos á las obras de caridad en silencio, á la creación de escuelas, publicación de buenos libros y otras obras á este tenor. Los políticos preferían las obras de ostentación y de ruido en pro de la Iglesia. Los deseos eran buenos, los resultados fueron fatales. Los políticos formaron la *Asociación católico-monárquica*, que llevó breve y azarosa vida, dejando á la otra, que aún existe, pero con escasas fuerzas.

Varios jóvenes, fervientes católicos, cuya mayor parte habían sido miembros activos de las Conferencias en Madrid, idearon, ó por mejor decir, *ideásteis*, en buen hora, formar la *Juventud Católica*, á imitación de otras sociedades que, con el mismo nombre, ú otros análogos, existían en Italia y en algunos países. Vuestro instituto se extendió por España y subsiste con felices resultados.

D. Santiago mostró, desde luego, afecto á la *Juventud Católica*. Había él tratado varias veces de formar con los jóvenes Paules una especie de círculo ó centro de recreo, donde se reunieran para solazarse honestamente, y que allí trabaran amistad, librándose de ese modo de otras malas compañías y viciadas reuniones. Quería también que los jóvenes escolares que vienen á Madrid y, sobre todo, los que fuesen sócios de

nuestras Conferencias, encontrasen, desde luego, compañeros, ó condiscípulos, con quienes pudieran alternar, y que les sirvieran de guías y fuesen honrados y amables compañeros. No lo pudo lograr. Aun las tertulias y reuniones en los domingos por la noche, ni duraron, ni fueron muy concurridas.

Véase, pues, por qué acogió con gusto la idea de la formación de la *Juventud Católica*, que llenaba en gran parte los deseos que él tenía, y no viera logrados. Informábase de sus adelantos, y sintió en el alma los pequeños disgustos que produjo en ella, algunas veces, el fermento político.

Era D. Santiago muy amante de la juventud: quería para socios de San Vicente de Paul, más bien jóvenes que viejos. Al fin, la Sociedad la formaron jóvenes, en su mayor parte estudiantes, cuando aquella nació en París. Aun para los cargos prefería siempre á los jóvenes, al revés de lo que comunemente sucede.

Bien lo acreditan sus hechos y consejos al renunciar el cargo de presidente del Consejo Superior de España, en 1.º de Junio de este año, presintiendo ya su fin, despues de pensarlo, consultarlo mucho, y encomendarlo á Dios. La tardanza en darle sucesor, ha provenido, en gran parte, del empeño decidido que formó de ser reemplazado, no por los socios antiguos, sino por alguno de los jóvenes á quienes tenía por más idóneos y fervorosos. Cuando, pasadas las vacaciones de verano, en que se despuebla Madrid, y vencidos los escrúpulos y rémoras de la modestia, pudo ver cumplido su deseo, y que la Sociedad comenzaba á marchar sin él, aunque contando para todo con él, parece que dijo como el anciano Simeón:

*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum  
verbum tuum in pace.*

Su carácter metódico, escrupuloso, nímio, previsor y caritativo, se ha revelado hasta el último momento de su vida.

*Sicut vita finis ita.*

Dos dias antes de morir, en medio de un fuerte ataque de asma, que no le permitia hablar, ni aun respirar, viendo

que uno de los socios más antiguos, y queridos por él, tomaba de memoria las señas de una casa, le alargó con mucho trabajo el lapicero, que siempre tenia á su lado (1), como reprehendiendo que fuese aquel detalle á la memoria.

Así que se le aconsejó que recibiese el Viático solemnemente (pues se le traía á veces la Comunión á casa privadamente), formó su plan para recibirlo al otro día á las cuatro de la tarde, debiendo asistir á él los socios y cuantos pobres se pudiera invitar. Dios no le habia concedido el llegar hasta aquella hora. Trabajo costó persuadirle á que lo recibiese aquel mismo día, pues ya habia confesado; alegando por razón, que no se podria avisar á los pobres y que ya tenia plan formado. Su idea dominante era que fuesen los pobres en su Viático y entierro.

Media hora antes de morir pudo á duras penas hacerse entender de uno de los consocios que rodeaban su pobre lecho fúnebre, cama de colegial, para que diese 40 reales á una pobre, que habia traído una envoltura para una parturiente. Cuando por muerte de su hermano *bajó á rico*, pues á la pobreza la llamaba *ascenso*, sirvióle la fortuna de peso y sólo para dar más: murió dando limosna, como habia vivido, ejerciendo la caridad en casi todas sus fases.

El día 18 de este mes, á las diez de la mañana, un cortejo fúnebre modesto, pero respetable, cruzaba por la Puerta del Sol á la calle Mayor, por donde pocos días antes habia cruzado otro, que nuestros padres hubieran llamado *cevil*, en la significación que tenia esta palabra en la pluma de Santa Teresa y de los clásicos del siglo xvi. En el de Masarnau precedian los niños y niñas de varios asilos, la Cruz parroquial y Clero de San Sebastian, y rodeaban y seguian el modesto ataúd numerosas Hermanas de la Caridad, del Servicio Doméstico, de la Esperanza y Hermanitas de los pobres. ¡Qué dos entierros tan distintos! ¡Qué vidas tan distintas! ¡Qué

---

(1) Solía decir que el inventor del lapicero fué un gran bienhechor de la humanidad.

comparecencia tan distinta ante la presencia de Dios de la personaje célebre en política y del católico humilde, que huyó de ella constantemente!

Los católicos no tenemos que molestarnos en buscar el final de nuestros discursos fúnebres. No repetimos el estúpido S. T. T. L. de los paganos, que suelen usar algunos tan tontos como ellos. Los católicos, alzando nuestros ojos al cielo, y olvidando la tierra de que salimos y á donde volveremos, decimos:

R. I. P.

Sólo me falta añadir una cosa por vía de epilogo.

Jóvenes católicos de Madrid que habeis promovido esta sencilla reunión, para honrar la memoria de unmodesto héroe de la Caridad en España, ¿quereis honrar de veras su memoria?... Pues bien, yo os digo en nombre suyo dos cosas: una que no diría él, otra que os diría de seguro.

El de seguro que no os diría:—«¡Seguid mis pasos! ¡Haced lo que yo hice!» Eso os lo digo yo.

Pero lo que sí os diría D. Santiago, y haced cuenta que él mismo os lo dice, sería:—«Sin perjuicio de ser buenos socios de la Juventud Católica, venid á inscribiros en la Sociedad de San Vicente de Paul, si ya no lo estais. No os contenteis con perorar á favor del Catolicismo; practicad la Caridad. La Fé sin obras es Fé de protestantes.»—Poned vuestra virtud más débil al amparo de la más fuerte.

# HOMENAGE DE NUESTROS ANTIGUOS POETAS

Á LA SABIDURÍA Y VIRTUDES

## DE SANTA TERESA DE JESÚS

(Continuación.)

Todavía podemos ofrecer otro rasgo de distinto género, debido á la inspiración del poeta sevillano, en honra tambien de *su santa*: así la nombra. Titúlase su composición, *Epílogo más que poético de la vida de Santa Teresa*, y fué escrita para una de las Justas literarias celebradas entonces, en las que era muy comun concurriesen las que presentan un carácter humorístico como el que en la misma domina. Creemos oportuno su reproducción en este paraje. Es como sigue:

Musa, si me das tu ardiente  
Furor, de la santa mia,  
Con tu buena licencia,  
Alta, espero cantar, mente.

Y si por hacerme injuria  
No me la dás, ruego al cielo,  
Que probaré alcanzármelo  
De la eterna Sabiduría.

En su niñez me edifica  
La fiel ánsia de morir  
Por Dios, y he de ser martir  
De las regiones de Africa.

El trazar en sus jardines  
Ermitas, bien como si

Que llorar tuviera allí  
Algunos, ella, crimines.

Así preparó el contrito  
Pecho con tantas acciones,  
Hasta retirarse al mones-  
Terio, y tomar el habito.

No hay retórica que pinte  
La del alma batería,  
Que sufrir con constancia  
Por años casi veinte.

Contadnos, Teresa, vos  
Esta batalla; que pues  
Vos misma la sentistés  
Contarla, será menos.

Allí fué el amor con veras,  
Allí el resistir con brío,  
Allí astuto demonio,  
Que en mil os tienta maneras.

Triunfaste dél veces mil,  
Y Dios premió vuestra fé,  
Viéndola tan perseve-  
Rante en lo más difícil.  
Fué despues el infinito  
Gozo tan colmado ya.  
Que vos de humildísima,  
No le dábades credito.  
Mas Dios que era vuestra guardia.  
Y os vió con recelos tales,  
Patentes muestra señales  
Que alienta vuestra cobardía.

Fué pues una de ellas, que  
Bajo de los cielos, y  
De ser vuestro esposo fi-  
Delísimo os dió su fé.

Y así, no queriendo ya  
Ver más vuestro espíritu,  
Cual Pablo dijiste:—*Cu*

*Pio dissolvi, et cetera.*

Vuestra demanda aceptó  
 (Por ese claro placer)  
 Dios, á quien no há menester  
 Que mu—(se lo rogueis) chó.

Dado fin á vuestra vida,  
 Y con ella á toda tris-  
 Teza, al cielo volastis  
 Como paloma candida.

Frecuentes eran, repetimos, estos alardes de ingenio y de fácil dominio sobre el lenguaje poético, como festivos desahogos de una musa juguetona y ligera, en los concursos abiertos para alardear la agudeza y el donaire. Los poetas más graves y doctos no se desdeñaban de acudir á tales *Justas*, con sus composiciones de este género, siquiera estuviesen sus versos tan distantes de la seriedad del objeto á que se referían.

La circunstancia que dejamos expuesta, de haberse canonizado á la vez que á Teresa á otros santos ilustres, dá nueva ocasion á Jáuregui para glorificar á la que llama blason del gran Carmelo, en las bellas octavas siguientes:

Este es el huerto de la Iglesia santa,  
 Con la sangre de Cristo enriquecido,  
 A cuyos riegos una y otra planta,  
 Frutos produce en el jardin florido;  
 En alta cima Isidro le levanta,  
 E Ignacio crece, de virtud vestido  
 Javier, honor de Oriente, encumbra el suelo,  
 Y Teresa, blason del gran Carmelo.

En esta sacra amenidad previno  
 Firme defensa el cielo soberano,  
 Dándole en guarda al áfrico Agustino,  
 Probado acuerdo y á Filipo hispano.  
 Uno con letras de saber divino,  
 Otro con armas de valor cristiano

La guardan, la defienden, la ennoblecen,  
Mientras sus frutos á los cielos crecen.

D. Juan de Jáuregui es, pues, el poeta de nuestro antiguo Parnaso, que más empleó su inspiración de vario género, en honra de Santa Teresa de Jesús.

## IV.

Prosiguiendo en nuestro propósito de recordar los poetas que tegieron en los tiempos inmediatos á la escritora y á la santa, otra bella corona con las flores de su ingenio, hemos de recordar á uno de aquellos hermanos á quienes se dió el dictado de los *Horacios españoles*; al docto aragonés Bartolomé Leonardo de Argensola. Débese á él el siguiente soneto, publicado en las *Rimas* de ambos, en Zaragoza el año 1634. Se halla escrito con la discreción y el buen gusto que le distinguía. Dice así:

A su Teresa Cristo en vision clara,  
Que no sufrió ni trasparente velo,  
«Si no hubiese criado, esposa, el cielo,  
Por tí sola, le dijo, le criara.»

Si corresponde estimacion tan rara,  
¡Oh Virgen! al fervor de vuestro celo,  
Cual pura unión ó cual felice vuelo  
De absorto serafin se le compara.

Si á sóla vos, y sólo en vuestras bodas  
Se os dá por dote el ámbito glorioso  
Que fué á las almas justas dedicado,  
Decid, si allí nos muestra el sacro Esposo  
Que, aunque las ama en esquisito grado,  
Ha puesto en vos el mérito de todas.

La inspirada poetisa sevillana, moradora de los claustros, Sor Francisca de Santa Teresa, tambien concurrió á enaltecer á la ilustre fundadora de su casa conventual. El mismo espí-

ritu ferviente, dominado del amor divino, de su predecesora, se revelaba en su alma, que parecía hermana gemela de la misma, al exhalar en sus éxtasis sus profundos suspiros en forma de tiernísimos himnos, verdadera expresión de la poesía mística. Bien puede afirmarse que tanto la religiosa sevillana como la avileña, son modelos en la manera de inspirarse, en este género especial de poesía, pudiendo juzgar á entrambas con igual elevación y sentimientos.

Hé aquí la ofrenda poética de la primera, á la segunda de aquellas hermanas de Religión:

Un dardo cuya punta  
Formó de fuego lengua,  
La enciende con su llama,  
Si hiere con su flecha.

En amoroso fuego,  
Que activo la penetra,  
Es víctima sagrada  
A su dulce violencia.

Con ánsias amorosas  
Suavemente pena,  
Que de amor accidentes  
Regalan y atormentan.

El serafín alado  
Por prendas de Teresa,  
En la punta del dardo  
El corazón la lleva.

Al cielo se remonta,  
Y en su córte se muestra,  
Para que de esta virgen  
Todos á amar aprendan.

Arpon y fuego unidos  
El pecho la atraviesan;  
Y amorosos impulsos  
La sacan de sí mesma.

Ella, toda elevada  
A la celeste esfera,

En suspensión dichosa,  
 En su Dios se deleita.  
 Deífica la admira  
 Toda atención atenta,  
 Viendo asiste en el cielo,  
 Habitando en la tierra.

No fueron en escaso número las poetisas españolas que acudieron á rendir su homenaje á nuestra santa. Las virtudes de Teresa era asunto propio de su inspiración. Otra más podemos ofrecer, concurriendo con sus versos á glorificarla. Llamábase esta doña María Nicolasa Helguero y Alvarado; y su composición, escrita en el siglo XVII, se inserta en sus *Poesías sagradas*. La trascribimos en este paraje:

¡Oh gran madre benéfica,  
 Que entre purpúreo y cándido,  
 En tu pecho magnífico  
 Diste al Esposo tálamo!

¡Oh corazón no exánime,  
 Pues mantienes vitálico  
 En el purpúreo anhélito,  
 Todo un amor seráfico.

Os encumbrásteis águila,  
 Y con el vuelo rápido,  
 En la esfera científica  
 Sois el prodigio máximo.

En fin, el eco armónico,  
 Penetrando el Atlántico,  
 De su fama, que es ínclita,  
 Llena del orbe el ámbito.

A vos, doctora mística,  
 Corto es todo preámbulo;  
 Que á virtudes angélicas  
 No se ha encontrado cálculo.

Perdonad, oh científica,  
 La rudeza del cántico,

Y alcanzadnos, carísima,  
Que triunfemos del bátrato.

En las obras de Anastasio Pantaleón de Rivera, se encuentran dos romances dedicados á nuestra santa poetisa. *Descripción del Carmelo en alabanza de la Madre Teresa de Jesús* es el uno, y en el otro, consagrado á la misma, se describe tambien el Carmelo. Los citamos, más por su asunto, que por el mérito que puede concedérseles.

(Se continuará.)

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

---

## HUMANISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI<sup>(1)</sup>.

---

Abraza esta lección una breve reseña de la literatura latino-hispana, ó sea del *humanismo* en el siglo xvi, como preliminar indispensable para el estudio de la literatura en lenguas vulgares. No es la primera vez que de estudios humanísticos habla nuestro programa, pues ya en las lecciones relativas al siglo xv hicimos notar su predominio en la corte del Magnánimo Alfonso V en Nápoles, y más adelante el favor inusitado que logran en tiempo de los Reyes Católicos. Nuestros alumnos además, por ligeros que hayan sido sus estudios anteriores, deben saber ya lo que la palabra *Renacimiento* significa, así en la esfera de la ciencia como en la del arte. Por *renacimiento* entiende todo el mundo la resurrección de las ideas y de las formas de la antigüedad clásica. Pero esta resurrección no podía hacerse sino en lo que era compatible con los adelantos y el espíritu de la civilización cristiana, y con el general movimiento de las naciones europeas. Así es que ni la idea ni la forma clásicas renacieron puras y sin mezcla, sino una y otra muy diferente de lo que en Grecia y en Roma habían sido. No habían venido en balde el Cristianismo, las invasiones germánicas y la Edad Media.

En cierto sentido, la palabra *Renacimiento* carece de exac-

---

(1) En una obrilla harto baladí, ha sido únicamente publicada esta notabilísima lección que pronunció el Sr. Menendez Pelayo cuando hizo oposición á la cátedra de literatura que hoy explica en la Universidad. Seguros estamos de complacer al lector, dándole á conocer tan profundo estudio.

titud histórica y hasta filosófica. Nunca se dan soluciones de continuidad en la historia, ni es posible abrir una zanja entre el mundo antiguo y el moderno. En ese sentido nada renació, porque nada había muerto del todo. En las entrañas de la Edad Media palpitaba así lo bueno como lo malo de la civilización antigua. ¿Y cómo no, si la idea de lo bello, verdadera divinidad helénica, y la idea de justicia y unidad, que tiró á realizar el pueblo romano, son eternas é indestructibles? Así pues la civilización antigua no había muerto, pero sobre ella habían obrado dos influencias diversas, de una parte el Cristianismo para purificarla de herrumbres y de escorias, de otra un elemento germánico ó escandinavo, bárbaro y perturbador, aunque entrañase grandes gérmenes de vida política y social, mucho más que de vida literaria. El Cristianismo había adoptado las formas de la civilización y del arte antiguo: así se veía á Lactancio remedar el lácteo estilo de Tulio, á Prudencio reproducir las armonías de Horacio, á Sinesio acudir al metro anacreóntico y acordarse de la lira de Téos y de la de Lésbos, cuando iba á cantar los inenarrables dogmas de la Trinidad y de la Encarnación. El Cristianismo, pues, con espíritu diverso, con el verdadero y sano espíritu, contribuía á conservar la tradición clásica. La lástima fué que los Padres de la Iglesia y los poetas cristianos encontraron moribundas ó decadentes las lenguas, que habían de servirles de instrumento, y fué lástima mayor (bajo el aspecto de la forma clásica, cuya historia vamos haciendo) que los nuevos elementos traídos á Europa por las invasiones del Norte, se mezclasen ó sobrepusiesen á la gloriosa tradición latina, dado que la griega resistió más y no sin brillo.

Poco exclusivo soy en cuanto á formas. Mi predilección está por lo clásico, pero ni niego ni disputo las grandezas que por otros caminos se lograron. No hago más que consignar el hecho. Pero sería aventurado y erróneo suponer que el germanismo influyó en España ó en Italia, como influía en Francia y en otros pueblos. Nosotros nos conservamos latinos hasta la médula de los huesos: civilizamos y latinizamos á los suevos y á los visigodos, y ni suevos ni visigodos dejaron aquí

un libro ni una piedra, ni un recuerdo. San Martin Dumiense el Apóstol de Galicia, imitó y extractó á Séneca; San Isidoro compendió en las etimologías lo que alcanzaba de la ciencia antigua, y San Julian volvió la vista á los antiguos modelos históricos, á la vez que á los de Sulpicio, Orosio y otros historiadores eclesiásticos, cuando narró la rebelión de Paulo contra Wamba.

Por tales caminos anduvo la cultura española hasta el siglo XII, fecha eternamente memorable, no sólo por la aparición de las lenguas vulgares, sino por las evidentes influencias extrañas. Pero ninguna ahogó el elemento latino, que llevá-bamos hasta en la sangre.

Por otro lado, todos los grandes hombres de la Edad Media, Carlo-Magno sobre todo, en aquellos conatos de restauración imperial, en el nombre mismo de *imperio*, mostraron bien á las claras cuán grande era el poder de la antigüedad romana. Los recuerdos de esta abrumaron á los italianos, y por eso no tuvieron epopeya, género de la Edad Media por excelencia. Nosotros, ménos latinos que los italianos, pero más que los franceses, la tuvimos incompleta y fragmentaria, gracias á nuestra lucha con los musulmanes.

Pasos para el Renacimiento son en el siglo XIII la fundación de escuelas generales ó universidades, así como los trabajos de Alfonso el Sabio. El primer escritor que entre nosotros obedece, como artista, á este influjo de la antigüedad es el autor del poema de Alejandro. Más adelante el Arcipreste de Hita se inspira en el *arte de amar*, parafrasea la comedia de *Vetula*, y hasta presenta reminiscencias de los cantos goliárdicos de los estudiantes del Norte.

Porque en la Edad Media vive lo malo de la antigüedad: la poesía epicúrea y sensual, las aficiones *non sanctas*, de que tanta y tanta muestra hallamos en las poesías latinas coleccionadas por Du-Meril y otros.

Pero el *Renacimiento* no podía detenerse en la imitación directa, en la reproducción de formas aisladas, ni siquiera en el espíritu: buscaba la forma antigua en toda su amplitud, hasta en sus últimas concreciones de lengua y ritmo. De aquí

la restauración de la lengua y prosodia clásicas, restauración que por primera vez se hizo en Italia.

En España tarda en penetrar este último Renacimiento; poco ó nada saben de él los ingenios de la corte de D. Juan el Segundo. Contentábanse, segun la expresión del Marqués de Santillana, con las materias, ya que no podían poseer las formas. Los primeros españoles que sintieron esta necesidad de las formas fueron Fernando de Valencia, Jaime y Jerónimo Pau, Luciano Colomé, todos los humanistas protegidos por Alfonso V, y discípulos ó émulos de los Filelfos, Vallas, Poggios y Beccadellis: más adelante Ambrosio de Victoria, que helénicamente se llamó Nicandro, y aquellos mancebos portugueses, Miguel Teixeira entre ellos, que concurrían á las aulas de Angelo Poliziano, y en Roma Rodrigo Sanchez de Arévalo, que procuraba dar forma clásica á su *Historia Hispánica*, antecediendo en esto al Gerundense, y Fernando de Córdoba, que escribía en elegante latin su *de omniscibili*.

En otra lección queda expuesto el amparo y favor dado por los Reyes Católicos á los cultivadores de las letras humanas así extranjeros, v. gr. Pedro Mártir y Marineo Sículo, como españoles, entre los cuales brillan Antonio de Nebrija, tan ilustre poeta como humanista y en todo género de estudios excelente, Doña Beatriz Galindo, y el portugués Arias Barbosa, patriarca de los helenistas peninsulares. Hablamos tambien del singular y fecundísimo maridage que en la escuela complutense y só la égida de Cisneros hicieron los estudios orientales, representados por Alfonso de Zamora y Paulo Coronel, y los clásicos en que, al lado del griego Demetrio Ducas Cretense, brilla el toledano Lorenzo Balbo de Lillo, comentador egregio de Valerio Flaco y de Quinto Curcio.

El Renacimiento, ó concretando más, la literatura latino-moderna tenía ya carta de naturaleza en España. Durante todo el siglo XVI continúan sus glorias. Ibamos despues de Italia y al nivel de los Países Bajos y de Francia, ya que en algunas cosas no los superásemos. Ahora conviene ir examinando los frutos del Renacimiento en cada uno de los géneros literarios

que en lengua latina se cultivaron, reservando para otras lecciones los vulgares.

Comencemos por la didáctica. El Renacimiento trae á esta forma dos cosas: el espíritu crítico y el arte del estilo. No porque faltase toda *crítica*, es decir, *juicio* (que esto fuera absurdo) en los teólogos y filósofos de la Edad Media, sino porque les faltaba la crítica fundada en el estudio de las fuentes helénicas y latinas, en la comparación de diversos textos, en las ciencias auxiliares, así exegéticas como arqueológicas, y porque de otra parte les abrumaba el peso de la autoridad de Aristóteles. La filosofía griega en sus diversos sistemas, la Patristica, así griega como latina, no fueron formalmente conocidas y estudiadas hasta el siglo xv. Entonces Leonardo Aretino y otros dieron á conocer, en elegantes traducciones, al verdadero Estagirita; Lorenzo Valla osó contradecir sus dogmas acercándose á los epicúreos, y la célebre cuestión platónico-aristotélica, en que quebraron lanzas Gemisto Pleton, el Cardenal Bessarion, Jorje de Trebisonda y nuestro Fernando Cordobés, la fundación de la Academia platónica de Florencia, en tiempo de Lorenzo el Magnífico, fueron los preludios de la innovación filosófica. Coincidió este movimiento con la general decadencia de la escolástica, en cuyas filas, sólo por excepción, figuraban entonces varones tan esclarecidos como el Cardenal Cayetano.

En el siglo xvi la ola innovadora amenaza anegar el viejo edificio, y mientras Pomponazzi aventura desde Bolonia sus paradojas contra la inmortalidad del alma, y en Alemania escribe Rodolfo Agrícola su elegante dialéctica, y el Cardenal Nicolás de Cusa reproduce el pitagorismo, y Erasmo persigue con las aceradas sátiras de los *Coloquios* y del *Elogio de la locura* á los doctores de la Sorbona, verificase en España un movimiento de reacción contra los dogmas aristotélicos, no tomado hasta ahora en cuenta por los historiadores.

No es de nuestra incumbencia (pues no se trata aquí de historia de la filosofía) examinar en su parte íntima y sustancial este movimiento. Pero lícito nos será recordar los nombres de algunos escritores, igualmente recomendables por el

estilo que por la ciencia, á quienes se debe la introducción del estilo clásico y del espíritu crítico en la filosofía.

Para limpiar el establo de Augias de las preocupaciones escolásticas, levantóse el valenciano Juan Luis Vives, génio el más universal y sintético que produjo el siglo xvi en España. Puede decirse que él compendia nuestro renacimiento. En la reforma de los estudios y disciplinas, principal objeto de sus libros *de causis corruptarum artium* y *de tradendis disciplinis*, precedió al canciller de Verulamio, como asimismo le antecede en haber reivindicado los fueros de la experiencia, formulando los cánones de la inducción en aquellas palabras que otra vez he citado: "*Ex singularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem, quae compluribus deiceps experimentis adjuta et confirmata, pro certa explorataque habetur. Ceterum experientiae temerariae sunt atque incertae, nisi ratione regantur, qua adhibenda est illis tanquam clavus aut gubernator in navi. Alioqui ferentur temere, et fortuita erit ars omnis non certa. Fieri enim convenit ut experientia artem pariat, ars experientiam regat.*" Pero no se dejó arrastrar Vives, como Bacon (recientemente lo ha advertido Barthélemy St.-Hilaire) por un espíritu ciego de oposicion á Aristóteles. Gustaba mucho del Aristóteles puro, no del de los escolásticos. Por eso sus tratados lógicos no son más que una simplificación del *organum*, y su libro *de prima philosophia* es en lo esencial un tratado de metafísica peripatética. Por el contrario, el tratado *de anima et vita*, en que proclama y sigue la observacion psicológica, debe contarse entre los precedentes de la escuela escocesa.

Era Vives fervorosísimo católico, y bien lo muestra en su admirable libro *de veritate fidei christianae*, especie de *summa contra gentes*, acomodada al gusto del siglo xvi.

Es el estilo de los tratados de Vives algo duro, pero sóbrio, preciso, grave y notable por la claridad, correccion y limpieza. No cae en las manías ciceronianas de Sadoletto, de Bembo y otros humanistas de la córte de León X, y quizá por eso pone algo más de propia genialidad en sus obras. La cualidad capital de su entendimiento era el *juicio*. Y este *juicio* claro, penetrante y agudo, descuella no sólo en sus obras filo-

sóficas y de educación, que son, sin duda, las principales, sino en algunas más literarias, v. gr., el tratado *de ratione dicendi*, donde sábiamente compendió lo más útil de los retóricos antiguos, y en algunos libros morales escritos con primorosa delicadeza, sobre todo en el *de institutione feminae christianae*, verdadero modelo de *la perfecta casada*, de Fr. Luis de León.

Muy semejante á Vives en las condiciones de escritor didáctico, pero más ameno, agradable y ligero, se mostró el sevillano Sebastian Fox Morcillo, que, admirador por igual de Platón y de Aristóteles, se propuso conciliarlos en una síntesis, escribiendo su libro de *Platonis et Aristotelis consensione*, donde sostiene, al modo de algunos hegelianos modernos, que la *idea* de Platón es la *forma* de Aristóteles, cuando llega á concretarse y traducirse en las cosas creadas. Los libros de Fox, especialmente el de *demonstratione* (que no deja de tener alguna analogía con el *Discurso del Método de Descartes*), son de muy apacible lectura, y han de contarse entre los más bellos que produjo el Renacimiento, aun incluidos los de Marsilio Ficino, León Alberti y otros platónicos de la escuela de Florencia. A veces emplea Fox el diálogo al modo de Platón, v. gr., en los de *honore y de gloria*.

Ni esquivaban esta forma, casi olvidada en la Edad Media, y tan favorita de la antigüedad por la animación dramática que presta á la exposición, los que se llamaban en el siglo xvi peripatéticos helenistas, es decir, los que, despreciando las traducciones latinas de Aristóteles y la barbarie escolástica, se iban derechos á las fuentes. Buen ejemplo nos dá de ello el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, elegante traductor de la *Ética* y de los *Parca Naturalia* de Aristóteles, así como de los comentarios de Alejandro de Afrodisia á la *Metafísica*. Fué Sepúlveda uno de los más insignes ciceronianos del siglo xvi, y entre los nuestros sólo puede comparársele Jerónimo Osorio. El estilo de este es más abundante y fluido, el de Sepúlveda más severo, sobre todo en su apología de la libertad humana contra los Luteranos, en sus controversias con Erasmo y Fr. Bartolomé de las Casas, en su diálogo *De-*

*mocrates, sive de justis belli causis*. Las obras históricas, que compuso en su vejez, adolecen de más afectación.

Cuando Pedro Ramus comenzó á destruir en la Universidad parisiense el crédito de Aristóteles, ya muy menoscabado en España por las críticas de Vives y por las *ocho levadas* del salmantino Herrera, levantóse contra él el célebre jurisconsulto lusitano Antonio Gouvea, en una obra maestra de polémica, aunque la desdoren aquellas intemperancias y ferocidades propias de toda polémica entre eruditos y humanistas del siglo xvi. Allí muele y tritura como alheña nuestro buen portugués la *Dialéctica* y las *Animadversiones* de Ramus; pone de manifiesto sus plagios: le corta diestramente la retirada, y demuestra la inanidad de sus innovaciones lógicas.

Pero no era sólo entre platónicos y aristotélicos la cuestión. Al paso que se iban reuniendo los materiales para nuevas construcciones, renacian los sistemas griegos, y un contemporáneo y paisano de Vives, Pedro Dolése, en su *Suma de Filosofía y Medicina*, resucitaba el atomismo de Leucipo y Demócrito, á cuyos reales se acogieron más tarde Gomez Pereira y Francisco Vallés.

Ni de la *Antoniana Margarita* del uno, que se adelantó al Dr. Reid y á la escuela de Edimburgo en echar por tierra la antigua doctrina del conocimiento por medio de las especies inteligibles, ni de la *Philosophia Sacra* del segundo, que puso en el *fuego* la unidad dinámica, tengo que tratar aquí. En un estudio que hace tiempo publiqué, hablo extensamente de uno y otro. Sus obras, escritas en un latin mediano, aunque muy superior al de los escolásticos, sobrado difusas, y no muy ricas en galas de estilo, tienen más interés científico que literario.

No así el libro excéptico del portugués Francisco Sanchez, titulado *de multum nobili, prima et universali scientia quod nihil scitur*, publicado un año antes que los *Ensayos* de Montaigne, con quien en muchas cosas coincide. Nada más ligero y agradable que la forma literaria de ese librito, escrito un poco á la francesa, en honor de la verdad. Pero bueno será advertir que el excepticismo de Sanchez, á diferencia del de Montaigne y Charron, es sólo de tejas abajo.

Sería prolijo y no necesario enumerar á todos los pensadores del siglo xvi, que muestran condiciones de estilo y se recomiendan por una suelta y agradable exposición didáctica. Sólo debo hacer una excepción en favor de Cardillo de Villalpando por su docta, aunque poco convincente, *Apología* de Aristóteles en la cuestión de la inmortalidad del alma.

Ni se limita á la filosofía el influjo del Renacimiento. También penetra en la Teología, escardándola de muchas cuestiones inútiles, de argumentaciones interminables y supérfluas, reduciéndola á método y forma más llanos y seguidos, volviéndola á sus verdaderas fuentes y lugares, es decir, á la Escritura y á los Padres, y exornándola con las flores de la elocuencia y de las letras humanas. Entre los primeros que adornaron á la hija de Sión con los despojos de Egipto, debo recordar al franciscano andaluz Fr. Luis de Carvajal, grande y temible adversario de Erasmo. Su libro *de restituta Theologia* precede y anuncia á Melchor Cano. Ni él ni Carvajal condenaban ni podían condenar á bulto esta escolástica. Antes que Leibnitz afirmara que en aquel estiércol habia mucho oro, habia dicho Fr. Luis, hablando de los teólogos de la Edad Media: «*Sub pallio sordido, hoc est, sub eorum barbarie, sepe latere sapientiam agnosco.*»

Pero la idea de formar una Tópica teológica pertenece de derecho al dominico Melchor Cano. Por esto, y por las formas elegantísimas de su libro, tan ciceroniano como los de Lactancio, y dechado de orden, de claridad y de concisión, han puesto siempre sobre su cabeza el libro *de locis* nuestros teólogos, extremándose quizá en la alabanza. Gloria altísima fué para Cano el haber aplicado á la Teología, sin separarse de la pura doctrina tomística, aquel plan de reforma de las disciplinas, que Vives concibió y expuso en términos generales. Y es para extrañar ciertamente que no haga bastante justicia á aquel sábio valenciano, antes hable de él con cierta acritud, diciendo que anduvo feliz al señalar la corrupción de los estudios, pero no al proponer los remedios. Sin embargo, la sana crítica entroncará siempre á Melchor Cano con aquella dirección clásica del Renacimiento, cuyo más eximio

representante es entre nosotros el hijo de Blanca March. Y no sólo en Vives, sino en sus amigos y discípulos, toma ejemplo y enseñanza Melchor Cano. Sirva de muestra el libro XI de los mismos *Lugares teológicos*, donde tan ampliamente se aprovechó del libro de las *Cuestiones del templo* de Juan de Vergara, primer impugnador de las ficciones de Manethon y de Beroso (de Anio Viterbiense) y padre de la crítica histórica entre nosotros.

La restauración de las formas ciceronianas no se limitaba á los tratados didácticos. Lleváronla á la oratoria, así sagrada como profana, Bembo y Juan della Casa. Entre los nuestros respondieron á la voz de la antigüedad que resonaba *dai fori cadenti*, algunos oradores latinos, de quienes tenemos preciosas aunque escasas muestras. A la diligencia de Cerdá y Rico se debe el que poseamos en colección los discursos pronunciados en Trento por Pedro de Fuentidueña, Gaspar Cardillo de Villalpando, etc., etc. Citaré entre los de éste, como modelo de nerviosa argumentación y varonil estilo, el que pronunció sobre negar á los Sajones la comunión bajo las dos especies.

Otra oratoria ménos animada, ménos briosa, más académica y hasta cierto punto escolar, pero dulce, rica y halagüeña, útil para traer á los jóvenes al amor de la sabiduría unida con la piedad, es la del jesuita alicantino Pedro Perpiñá, luz de las áulas parisienses, como en otro género de estudios lo fué su contemporáneo Maldonado. De Perpiñá dicen los que con asombro le oyeron, que como en otro tiempo de la boca de Néstor, así de la de nuestro jesuita salía una oración más dulce que la miel. Las 22 oraciones suyas que hoy tenemos, sobre todo el panegírico de Santa Isabel, y el discurso *de humana philosophia perdiscenda*, le dán el primer lugar entre los oradores académicos de su tiempo.

Mayor cultivo que la elocuencia obtuvo entre aquellos humanistas la historia; pero casi todos tendieron antes á la abundancia generosa y rico estilo de Tito Livio, que á la severa concisión de Tácito y de Salustio, que habia querido imitar Policiano en el comentario sobre la conjuración de los

Pazzi. Tienen, pues, todos cierto parentesco, y no deja de causar alguna extrañeza el contraste entre la lengua muerta de que usan y lo vivo y cercano de los acontecimientos que narran. Así el Obispo de Silves describió con *elegantísima luxurios*, no exenta de sinonimia, y con grande aparato retórico, la vida de D. Manuel de Portugal y los hazañosos descubrimientos de Vasco de Gama. Así Sepúlveda, con más cuidado de la elegancia que de la exactitud, compiló las Décadas «*de orve novo*» valiéndose especialmente de las narraciones de Francisco Lopez de Gomara. Con mayor estudio y puntualidad, aunque no sin pagar tributo á la adulación palaciega, historió el mismo Sepúlveda los hechos de Carlos V, y alguna parte de los de Felipe II. Cristóbal Calvete en su áureo librito *De aphrodisio expugnato*, sobre la toma de una ciudad de Berbería, mostró en un asunto ténue alientos dignos de más alta empresa, y mereció que de su libro se hiciesen hasta ocho ediciones, adoptándose de texto en muchas cátedras de latinidad. Cerró con llave de oro este cultivo de la forma histórica el P. Juan de Mariana con su *Historia* latina, que será objeto de otra lección. Gibbón ensalzó esa Historia, diciendo de su autor, que era, en todo y por todo, otro Tito Livio.

De la historia á la poesía el tránsito es fácil, y en verdad que casi ninguno de los humanistas de este tiempo dejó de pedir inspiración á las musas latinas, y aun algunos á las griegas. Poesía épica, épico-didáctica, descriptiva, lírica y aun dramática... *nihil intentatum liquere* podemos decir con Horacio, y en todo dejaron monumentos, si inferiores á la *Siphilide* de Fracastor, á la *Cristiada* y á la *Poética* de Vida, al *Parto de la Virgen* de Sanázaro, á las *Silvas* de Angelo Poliziano y á los *Besos* de Juan Segundo, no indignos, por lo ménos, de ser recordados con elogio despues de aquellas ricas preseas del arte moderno. La simple enumeración de los poetas latino-hispanos del siglo xvi, daría lugar á un estudio extenso, que ni puedo ni debo hacer ahora. Por otra parte, no hemos de negar que hay mucho de convencional, de amanerado, de retórico y de académico en toda aquella poesía. Me limitaré, pues, á unos cuantos autores, que ó por la indivi-

dualidad más pronunciada de su organismo poético, ó por lo singular de los asuntos y de los géneros, ó por celebridad notoria, merece separarse de la grey comun y del *servum pecus* de los imitadores.

Justo sería hacer los primeros honores á una dama, cuando razones cronológicas y de mérito intrínseco, por otra parte, no lo abonasen. La hermosa y honestísima toledana Luisa Sigéa, cuya fama fué torpemente amancillada por Nicolás Chorrer con la publicación del libro *Elegantiae latini sermonis*.... nos dejó por única obra auténtica (fuera de 16 epístolas inéditas que tengo copiadas y publicaré pronto) un cuadernito de poesías latinas, entre las cuales descuella su poema de *Cintra*. De dos hechos importantes nos da razón su estudio: 1.º la influencia femenil en las letras humanas, la tradición helénica de las Sáfos, Erinas y Mirtos, continuada en la Italia de los siglos xv y xvi, por la discreta veneciana Casandra Fedele, á quien tanto admiró Poliziano, por Verónica Gambará, por la divina Victoria Colona y por Olimpia Fulvia Morata, que desgraciadamente pagó tributo á los errores de la Reforma. En España es tan grande el número de estas humanistas, que yo he logrado adquirir noticias de más de 39.

El otro carácter de la poesía de la Sigéa y uno de los caracteres de la poesía del Renacimiento, es la afición descriptiva. De ello es buen ejemplo el poema *Cintra*, que hace tiempo traduje al castellano, y que en el original comienza:

*Est locus occiduas.....*

La descripción es algo vaga y no libre de reminiscencias bucólicas, pero elegante. El sentimiento de la naturaleza es verdadero, aunque no profundo. Aquella *saudosa Cintra*, que habia de inspirar á tantos poetas hasta los tiempos de Byron y de Almeida Garrett, está descrita por nuestra poetisa con exactitud, pero con poco enérgico colorido.

Otra fase del Renacimiento se personifica en Alvar Gomez, señor de Pioz. Las exageraciones y recrudescencias paganas de Italia habian inspirado á algunos varones timoratos el deseo de aplicar las *formas* antiguas á materias cristianas. Esto hizo el Obispo de Alba en la *Cristiada*, y esto tiró á realizar Alvar

Gomez cantando en su *Thalocrístia*, empedrada de hemistiquios virgilianos, el triunfo de nuestra Redención, parafraseando en dísticos, á imitación de los de Ovidio y Propercio, las epístolas de San Pablo en la *Musa Paulina*, y convirtiendo en odas horacianas los salmos penitenciales. Este simpático y cristiano poeta, se distingue más por la lozania y abundancia, nn tanto desaliñada de su estilo, que por el nérvio.

A la poesía epigramática, á imitación de Cátulo y de Marcial, dedicó su agudo ingenio Juan de Vergara, secretario del Arzobispo Fonseca, varón de altos pensamientos, que se jactaba de tener en Vergara un escritor de cartas latinas en nada inferior al Bembo, que ocupaba igual cargo cerca de León X. Tambien ensayó Vergara (si la *Callipædia* es suya) un extraño género de parodia, levantado á grande altura por el mantuano Teófilo Folengo: la poesía macarrónica, entreverada de latin y de romance con terminaciones latinas, pero sometida á las severas leyes del metro y de la cantidad. Vergara inaugura en España este género, que más adelante en el siglo pasado produjo composiciones saladisimas como el *Palito métrico* de Antonio Duarte Ferram, ó sea el prior de Nuestra Señora de Nazaret en Coimbra.

El toledano Juan Perez, que latinizó su apellido llamándose *Petreyus*, autor de un poema de la Magdalena, semejante á los de Alvar Gomez, y de una oda horaciana en loor de Melchor Cano, presenta entre todos los escritores de este ciclo la singularidad de haber cultivado la poesía dramática, aunque no de propia Minerva, sino traduciendo en prosa latina cuatro comedias del Ariosto (la Lena, el Nigromante, la Cassaria y *Suppositi*).

A estos primeros vates, nacidos y educados casi todos en el reino de Toledo y en las aulas complutenses, sucede otro grupo formado por los que habian recibido su instrucción en los Paises Bajos, algunos de ellos bajo el magisterio y disciplina de Erasmo y de Luis Vives. Sólo nombraré á dos, porque el tiempo apremia: el célebre anticuario Andrés Resende, que cultivó, no infelizmente, aunque degenerando á veces en prosáico y desaliñado, la silva ó poema corto, á imitación de

Estacio y de Angelo Policiano (como lo prueban, v. gr., el encomio de Erasmo y el panegírico de la Universidad de Lovaina), y el burgalés Fernan Ruiz de Villegas, á quien el Dean Martí, primer editor de sus poesías, compara con los mejores vates italo-latinos del Renacimiento. Fáltale, no obstante, su corrección y exquisito esmero, aunque ingenio le sobra. Tocó casi todos los géneros poéticos, brillando más en la égloga. Quizá su obra maestra es la que compuso á la muerte de Luis Vives.

Otro grupo pudiéramos formar de poetas aragoneses y valencianos, concediendo el primer láuro á Juan de Verzosa, como imitador de las sátiras y epístolas del Venusino, á Antonio Serón, bilbilitano, por sus elegías amorosas escritas á imitación de Tibulo, y no sin influencia de Juan Segundo, y á Jaime Juan Falcó, por sus odas horacianas, por su admirable sátira de *los jugadores (in aleatores)*, y por sus epigramas, que compiten á veces con los de Marcial. ¡Lástima que Falcó perdiese gran parte de su vida en dos empresas insensatas, la de poner en verso latino la Etica de Aristóteles, y la de buscar la cuadratura del círculo! Por cierto que en un éxtasis de gozo, cuando creyó haber resuelto el problema, compuso unos versos de exquisita elegancia, dignos de Catulo.

No hablaré aquí, porque en otra lección de este programa les he dado cabida, de los poetas latinos de la escuela sevillana, de Malara, del Maestro Francisco de Medina, de Diego Girón, y sobre todo del canónigo Pacheco, cuyo dulcísimo canto en loor de Garcilaso: «*Natalis almo lumine candidus*» juzgó Luzán merecedor de equipararse con las odas del siglo de Augusto.

Con ménos vocación de poetas, pero con gran conocimiento de la lengua del Lácio y de los recursos del estilo, escribieron Gouveá sus elegías amatorias, Antonio Agustín su oda á Latino Latinio, donde la impresión de la grandeza romana contemplada en sus ruinas está hondamente sentida, Juan Páez de Castro, su Epicéδιο de Garcilaso, y Francisco Sanchez de las Brozas versos de todo linaje, así sagrado como

profano, entre los cuales es notable el himno de San Marcelo. Un lugar aparte hay que dedicar á Arias Montano.

En tanto una legión de filólogos, preceptistas y comentaristas se enseñoreaba de nuestras universidades, lanzando de sus últimas trincheras á los sofistas. Lo que aquellos pulidos humanistas llamaban *la barbarie* habia sido casi desalojada de Salamanca por Nebrija y Arias Barbosa. De sus manos pasó el cetro á las del Comendador griego Hernan Nuñez, que tanto trabajó en la corrección y en las variantes de los textos de Séneca, Plinio y Pomponio Mela, y que no ménos benemérito de las letras helenas que de las latinas trajo por primera vez á España buen número de códices griegos: ejemplo seguido por D. Diego de Mendoza. Despues de Hernan Nuñez, el patriarcado de la escuela de Salamanca recayó en el Brocense, padre de la Gramática general con su *Minerva*, y hombre de espíritu libérrimo é independiente, seguun lo acreditan aquellas palabras suyas: *Multa veteres philosophos latuerunt quae Plato eruit in lucem; multa post eum invenit Aristoteles; multa ignoravit ille quae nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate*; principios que él, siguiendo á Pedro Ramus y al español Nuñez Vela, aplicó con inflexible rigor al exámen de la lógica peripatética en el libro *de los errores de Porfirio*. La tradicion y enseñanzas filológicas del Brocense fueron continuadas en Salamanca durante los primeros años del siglo xvii por su yerno Baltasar de Céspedes, y por el maestro Gonzalo Correas.

No ménos brillante cuadro ofrecian las áulas complutenses, donde á los Balbos, Ducas y Vergaras habian sucedido el cancelario Luis de la Cadena, el elegante peripatético Cardillo de Villalpando, y el perspícuo retórico Alfonso García Matamoros, que trazó, como ninguno en su tiempo, las reglas de la oratoria sagrada, y tuvo la dicha de historiar por primera vez todo el movimiento literario que venimos siguiendo, cuando escribió su *Apología pro adserenda hispanorum eruditione*. ¡Lástima que esta obra se resienta de profusion de elogios, y que á veces el aliño retórico se sobreponga en ella á la conciencia histórica!

¿Y qué decir de las áulas valentinas, donde Pedro Juan Nuñez, de vuelta de París, curado ya de sus exageraciones ramistas y convertido al culto de Aristóteles, fundaba aquella escuela helenística que produjo obras tan memorables como las *Explanaciones á Dionisio Aphro*, trabajo del maestro, y el tratado de la *Entelechia*, de Monllor, y los trabajos sin número de Vicente Marinér, autor quizá el más fecundo que ha tenido España, aunque entren en cuenta el Tostado y el mismo Lope de Vega?

Nada se dejó por intentar en aquel dichoso siglo: el valenciano Gélida, profesor en Burdeos, remedaba á las mil maravillas el estilo epistolar de Cicerón; Antonio Agustin, entretenido en Bolonia con aquellos sabrosos coloquios de que nació el diálogo *de Gloria*, principal libro del ciceroniano Orosio, sacaba á luz por primera vez con ayuda de Fulvio Ursino y otros italianos, buena parte de los fragmentos de *lingua latina* de Varron y otros dramáticos; Páez de Castro comentaba la Poética de Aristóteles; Gouvea acrisolaba el texto de las comedias de Terencio; Aquiles Estaco ponía en verso latino los himnos de Calimaco, y Miguel Cabedo el Pluto de Aristófanes. Y en tanto se multiplicaban las gramáticas griegas y latinas, llevando á su frente los egregios nombres de Sanchez, Nuñez, Vergara, Sempere, Correas y Manuel Alvarez. Cómo y por qué causas se fué oscureciendo, aunque sin desaparecer del todo ni en los días más calamitosos de fines del siglo xvii, este esplendor de las letras humanas, será tarea de otra lección, donde sigamos el curso de los estudios humanísticos hasta el siglo xviii.

Ahora cumple dejar notado que el carácter eminentemente arqueológico del Renacimiento no podía ménos de influir, é influyó de hecho, en los estudios de antigüedades, epigrafía y numismática. Puede decirse que el Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustin, creó esta ciencia con sus *Diálogos de medallas*, así como dió no escasa luz á la historia con sus investigaciones sobre familias romanas. El cordobés Juan Fernandez Franco, el lusitano Resende, Luis de Lucena, Llanzol de Romani y tantos otros, con estudios sobre vías romanas, pie-

dras, epitafios y geografía antigua de la península, hicieron posible la publicación de las *Antigüedades de España* del maestro Ambrosio de Morales. El entusiasmo por la antigüedad se había apoderado de todos, y no había ciudad que no buscase su nombre y abolengo en tiempo de los romanos, citando en prueba algun monumento é inscripción. En todo esto se erraba y fantaseaba mucho, porque la crítica histórica no había llegado á su período de madurez, pero la dirección de los estudios era acertada, aunque los resultados no siempre correspondiesen.

Hasta en los estudios jurídicos penetró el renacimiento, llevando á ellos el sentido histórico, la crítica de los textos y la elegancia y amenidad del lenguaje. A los dos grandes luminaires de la jurisprudencia en el siglo xvi, Alciato y Cujacio, o pone España sin desventaja otros dos, Antonio Agustín y Gouvea. Parece imposible escribir sobre materias tan áridas como la ley Falcidia ó la sustitución vulgar y pupilar, con el suelto, limpio y agradable estilo con que escribió Gouvea. Los diálogos *de emendatione Gratiani*, de Antonio Agustín, forman época en la historia del derecho canónico. Ni fué extraño al civil, ántes trabajó con indecible estudio en la corrección de las *Pandectas*. Tres siglos no han podido borrar en la hermosa Biblioteca Laurenciana el recuerdo de las visitas de aquel varón insigne, y de las horas que pasaba sobre el códice Amiatino.

Tremendas censuras se han dirigido contra toda esta literatura del Renacimiento en España y fuera de ella. Acúsa-sela de haber deprimido y contrariado el espíritu nacional, desacreditando las lenguas y las literaturas modernas. Hay en esto un fondo de verdad; pero también exageración evidente, sobre todo si aplicamos la censura á los grandes escritores de esta edad. Ciertamente que no podían complacerse mucho en las *gestas*, en la poesía heróico-popular, ruda aunque grandiosa, enamorados, como estaban, de la purísima forma que la misma Vénus Urania mostró sin cendales á los ojos de los griegos; pero también es cierto que eran artistas, y como tales admiraban lo que artísticamente era bello y digno

de admiración en el arte y en la poesía de la Edad-Media. Así Filelfo explicaba desde la cátedra la *Divina Comedia*, y Angelo Poliziano, el ingenio más pagano de entonces, hacía en estos versos de una de sus silvas el más grandioso elogio de los tres poetas Florentinos:

*Nec tamen Aligherum fraudarim hoc munere Dantem  
Per Styga, per cœlos, mediique per ardua montis  
Pulchra Beatricis sub virginis ora volantem, etc., etc.*

Así Erasmo admiraba á Gil Vicente, comparándole nada ménos que con Plauto. Por lo que hace á nuestra Castilla, dan testimonio de que el desprecio de la lengua y de la poesía vulgar no eran tan grandes como se pondera, la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija, escrita con tanto amor y diligencia, y las citas que hace de romances viejos, pretendiendo reducirlos á la métrica antigua. Del mismo modo Hernan Nuñez, que recogió los refranes de las viejas y comentó á Juan de Mena, y el Brocense, que tuvo el pensamiento de traducir á Ausias March, eran tan españoles como el más español de su tiempo.

También se ha acusado al Renacimiento de anti-cristiano en la filosofía y anti-cristiano en el arte, y hasta de aliado de la Reforma. Por lo que toca á España, apenas tenemos que defendernos de tales acusaciones. Ciertamente que en aquella especie de fanatismo por la antigüedad, que se apoderó de muchas cabezas en el siglo xvi, echaron á volar algunos italianos delirios olvidados de la filosofía griega; así Pomponazzi cayó en el materialismo, Ficino no anduvo inmune de los sueños teosóficos, y Giordano Bruno fué precursor del panteísmo moderno, sobre todo del de Schelling. Pero nuestros filósofos, si quitamos á Miguel Servet y á algun otro mucho más oscuro, se libraron del contagio, gracias á lo arraigado de su fé católica. Y dentro de estos límites no puede dudarse que la obra del Renacimiento fué útil volviendo por los fueros de la libertad filosófica (no se tome esta expresión *in malam partem*), algo negados ú oscurecidos por la intolerancia y exclusivismo de los aristotélicos; trayendo el conocimiento de la filosofía grie-

ga en sus originales, defendiendo el método de observación y aun suscitando algunas novedades provechosas en el campo de la psicología experimental y de la física ó filosofía de la naturaleza. A todo lo cual se añadió la claridad y elegancia de las formas expositivas. Ni ha de decirse que aquellos innovadores filosóficos comprendían en sus censuras toda la filosofía de los tiempos medios. Así procedieron algunos espíritus inquietos, petulantes y arrojados, como Pedro Ramus, pero de ninguna manera Vives, pródigo siempre de elogios para Santo Tomás y los tomistas. Sus más recias invectivas recaen en los discípulos de Averroes, gente pedantesca, execrada también por el Petrarca, é igualmente dañosa á la causa del buen gusto que á la de la Religión. *Dios llenó el mundo de árboles y de flores*, dice Vives, *y esos averroístas le han llenado de cruces y potros para atormentar el entendimiento humano y apartarle del espectáculo de la naturaleza.*

Por lo que hace al paganismo en el arte, cierto que son dignos de execración algunos extravíos de los humanistas italianos, v. gr. el *Hermaphrodita* de Beccadelli (cuya obscenidad es tal, que la mayor parte del libro consérvase aún inédita en la Biblioteca Laurenciana) ó la oda *in anum libidinosam* que Angelo Policiano imitó de Horacio, ó finalmente ciertos epigramas de Sanázaro. Pero prescindiendo de que semejantes extravíos no faltan en los autores de la Edad Media, es necesario hacer una excepción en favor de los poetas latino-hispanos, cuya castidad de pensamiento y de expresión es tal que no recuerdo ahora composición ninguna de ellos que pueda calificarse de escandalosa, al paso que en la literatura castellana del mismo tiempo las hay harto libres. Ni puede decirse que tomaban con preferencia asuntos paganos: ¿qué poetas más cristianísimos pueden hallarse que Alvar Gomez y Arias Montano, por ejempló, los cuales evitan cuidadosamente hasta las alusiones paganas, tomando sólo de los gentiles los primores de lengua y ritmo?

Que el Renacimiento fué aliado de la Reforma, es otro lugar comun muy repetido en estos últimos tiempos, y casi tan infundado como los otros. Ante todo conviene distinguir el

carácter que tomó el Renacimiento en los países del Norte, y el que tenía en Italia y España. Aquí era mucho más artístico, allí más batallador y agresivo. Bajo la corteza latina palpita la barbárie germánica, y el odio y envidia á las grandezas de los pueblos meridionales. Así Erasmo con los *Coloquios* y con el *Moriae Encomium* dió armas á los protestantes, y Ulrico de Hütten y las *Epistolae obscurorum virorum* abrieron la guerra de sátiras contra el Pontificado y las órdenes monásticas. Así Melanchton y Joaquin Camerario figuraron entre los primeros protestantes, pero no por ser helenistas ni hombres del Renacimiento, sino porque, á pesar de eso, eran germanos, y participaban del espíritu de rebelión á toda autoridad latina. Lutero no vió en su viaje á Roma más que vulgaridades, y no entendió una palabra de las artes italianas. Hasta los errores y herejías de los humanistas meridionales eran de carácter muy diverso del de la Reforma. ¿Y cómo olvidan por otra parte los que tal dicen la admirable carta de Sadoletto contra Calvino, y el libro *de fato et libero arbitrio* de Sepúlveda? Sólo de dos humanistas españoles, Juan de Valdés y Francisco de Enzinas, puede decirse que se aliasen con la Reforma. Es verdad que Erasmo tuvo en España admiradores y defensores como los Manríques, Fonseca y Vergaras; pero le admiraban en sus aciertos de filólogo, no en sus yerros teológicos.

Entrando en consideraciones más literarias, se acusa á los *renacientes* de haber encerrado el arte en formas muertas y gastadas, haciéndole retroceder por tanto. A cusación tan vaga y general poco prueba. Si la forma es bella, como lo era la forma antigua, no muere ni se gasta nunca, y bella es eternamente. ¿Cuándo, ni en qué tiempo ó literatura no serán dignas de loor la sencillez, la pureza, la tersura? Y si estas cualidades se comunican en el arte antiguo hasta á los últimos accidentes formales, hasta á los metros, v. gr., ¿por qué hemos de censurar á los latinistas del Renacimiento, porque usaban formas horacianas, ó ciceronianas, ó virgilianas? Con esas formas que se dicen *muertas y gastadas* escribió Poliziano sus silvas y odas llenas de animación y gracia juvenil más que ninguna poesía italiana de su tiempo, expresó Juan Segundo

en los *Besos* los vehementes impulsos amorosos de un manco de 20 años, y compuso Juan de Mariana su *Historia de España*, uno de los libros más españoles que existen. No está el mérito ni el demérito en la forma, sino en las manos que la trabajan. Claro que meros gramáticos, sin imaginación y sin brio, habian de estrellarse en sus composiciones latinas, y hacerlas frias, retóricas y pedantes; pero, ¿quién prueba que lo hubieran hecho mejor en lenguas modernas y con los recursos artísticos de la Edad Media? Es preciso admitir y aplaudir lo bueno donde quiera que se halle, aunque sea en una lengua muerta, artificiosamente resucitada.

Y no es que yo apruebe en absoluto esta resurrección de la lengua. Prescindiendo de lo que se reirían los romanos si llegaran á oír nuestros versos y prosas latinos, ese sistema quita desde luego algo de su frescura y espontaneidad á la frase, exige un artificio constante y dos traducciones mentales continuadas, y da cierto aire de seca uniformidad á los escritores. Pero aunque esto no se apruebe del todo, y ménos con relación á la poesía y á la novela (como lo intentó, v. gr., Juan Barclayo), pueden, con todo eso, traerse circunstancias atenuantes.

1.<sup>o</sup> Que el latin no podia considerarse en todo rigor como lengua muerta, puesto que era la lengua de la Iglesia y de las escuelas. El trabajo de estos humanistas se reducía, pues, á sustituir el latin bárbaro ó incorrecto, con un latin calcado en los modelos antiguos, lo cual ya varia de especie.

2.<sup>o</sup> Que el latin era lengua universal, y tenia todas las ventajas de tal para los tratados didácticos y aun para algunas obras históricas, siendo lamentable, bajo el aspecto de la comodidad, el abandono de esa lengua.

En lo concerniente á la poesía y á las obras amenas, hoy, como entonces, hoy más que entonces, porque las lenguas modernas están ya formadas, y pueden decirlo y expresarlo todo, es condenable el empleo exclusivo y sistemático de la lengua latina; exclusivismo muy expuesto á caer en retóricas y pedanterías; pero hoy, como entonces, el empleo de la lengua latina en prosa y en metro debe recomendarse como ejer-

cicio. Todo el que más ó ménos haya hecho versos latinos, habrá comprendido cuán útiles son estos ensayos para hacer buenos versos castellanos: cuántas frases elípticas, felices y expresivas, cuántos modos de decir pintorescos y gallardos han nacido de ahí. En mi sentir, ni Fr. Luis de León ni Arias Montano hubieran llegado á donde llegaron como poetas castellanos, ni hubieran caldeado y modelado nuestra lengua de la manera que lo hicieron, si antes no hubiesen descollado como poetas latinos, del modo que lo manifiestan el *Carmen ex voto* del primero, digna corona de su explicación del *Cántico* de Salomón, y los *Monumenta humanae salutis*, y las demás innumerables poesías latinas del segundo. Ni á Mariana le llamaríamos hoy el Tito Livio español, si antes no hubiese ensayado en su propia lengua la imitación del egregio narrador paduano. Es continuo y perenne el influjo de la literatura latina del Renacimiento en las vulgares.

De otras acusaciones no hay que hacer mérito. Se dice que los clásicos del Renacimiento no comprendieron verdaderamente la antigüedad, que le dieron un aspecto retórico y de escuela, etc. Todo esto puede decirse de la segunda generación renaciente, de la que con injusticia llaman *Jesútica*, no de la primera, de la de los Policianos, Fracastorios, Vidas y Segundos, que en esta el entusiasmo por la antigüedad fué sincero. No sólo la comprendían, sino que sabían imitarla. Que los trabajos críticos de estos humanistas en cuanto á la revisión de los textos, etc., son imperfectos, ¿quién lo negará? La escuela francesa y holandesa del siglo xvii (los Casaubones, Vosios, Perizonios, etc.), la inglesa del siglo xviii (Bentley, Cuningham, Brunck); la alemana del presente han adelantado mucho; pero en ninguna de ellas se halla aquella frescura, aquel íntimo y sabroso comercio con la antigüedad que se nota en las del Renacimiento. Todavía permanece en pié como admirable monumento el *Virgilio* del P. La Cerda.

Olvidemos que se trata de una lengua muerta; no paremos mientes en la lengua en que la cosa se dice, si la cosa

está bien dicha, que la crítica (aunque no se llame con manifiesto agravio de la lengua castellana, *alta crítica*) debe levantarse sobre estas pequeñeces de lengua y ritmo, y admirar donde quiera el esplendor de lo verdadero y de lo bello.

M. MENENDEZ PELAYO.

## A VIRGILIO.

ODA VEINTE Y CUATRO

## HORACIO.

¿Quién puede en tal dolor avergonzarse  
 O quién puede poner coto al deseo  
 de conservar tan envidiable vida?  
 Trágica Musa, préstame tus cantos  
 ora dolientes, tú á quien siempre el Padre  
 la lira concedió con suaves notas.  
 En perpétuo sopor yace Quintilio:  
 incorruptible fé, verdad desnuda  
 hermana del pudor y la justicia,  
 no encontrareis igual en este mundo:  
 muere llorado por los hombres rectos,  
 nadie, Virgilio, en el dolor te iguala:  
 vanos tus ruegos que á los Dioses piden  
 te conserven su vida; no consienten  
 el que goces por siempre de tu amigo.

Aunque encantarás con tu suave lira  
 en sonos, que envidiára el tracio Orfeo,  
 selvas y montes, ni volver la sangre,  
 ni animar lograrás aquella sombra  
 que la insensible vara de Mercurio,  
 (no con suaves conjuros) y los hados  
 entre el negro rebaño de la muerte  
 confundieron al fin. ¡Triste destino!  
 ¡Mas hace tolerable la paciencia  
 el encontrar de frente el imposible!

EL DUQUE DE VILLAHERMOSA.

# LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

## CAPITULO V.

### NUEVAS COMPLICACIONES.

#### I.

Cuando nuestro amigo Lorenzo Perez volvió á su casa, despues de su aprovechada escursión á los barrios bajos, se encontró esperándole á la puerta que, contra sus aristocráticas costumbres, le abrió ella misma, á su excelente tía la Baronesa, que, á despecho tambien de su serenidad y compostura habituales, presentaba en toda su persona los más inequívocos signos de agitación y aturdimiento

—¿Qué ocurre, tía?..... ¿qué le pasa á V?—la preguntó Lorenzo, que en su ya largo trato nunca la había visto de aquella manera.

—¡No sabes la noticia, hijo mio!

—¿Qué noticia? Cállese V. por Dios y entremos adentro.

—¡Sí... Sí, mejor será..... allá te contaré.....

—¡Vamos! ¿qué pasa?—volvió á insistir su sobrino cuando él y la Baronesa hubieron ya entrado en su cuarto, cuya puerta cerró cuidadosamente el ama de la casa.—¡Vamos! tranquilícese V. lo primero y luego hablaremos; ya sabe V. que yo no me apuro así como quiera..... ni V. tampoco, ¡qué diantre! ¡Vaya! pues ¿para cuándo queremos el valor? ¡Agitarse así y temblar de ese modo una Vendrell! —añadió entre grave y sonriente, apelando á estos recuerdos nobiliarios que le constaban ser eficacísimos respecto de la Baronesa—¿qué puede ser todo? V. no tiene familia y yo..... yo tampoco; ¿ha quebrado

*nuestro* administrador de Valencia?... (la pobre Baronesa cobraba una exigua y casi nominal renta en aquella ciudad).... ¿Le han suspendido á V. la pensión del Monte Pío?...

—No; no es nada de eso—exclamó la Baronesa algo más tranquilizada por la presencia de su fiel compañero.—¡Bastante se me importaría todo eso!—añadió con ese aire de supremo desden que algunas mujeres, sobre todo las más desvalidas y desamparadas, suelen consagrar á las cuestiones de intereses—no es eso.... en teniéndote yo á mi lado y pudiendo contar contigo para todo..... á todo lo demás no le doy ni pizca de importancia.....

—Pues claro está que nó ¡señora!—respondió Lorenzo pagando con un cariñoso y cordial apretón de manos la maternal ternura de su amiga y protectora.

—¿Verdad que tú no me abandonarás nunca, hijo mio?—exclamó la pobre Baronesa con singular y no justificada emoción..

—¿Yo abandonarla á V.? y ¿quién ha podido hacerla sospechar tal cosa...? ¿qué motivos le he dado yo á V. para que me crea capaz de tamaña infamia?

—¿Verdad que nó?

—Nunca, ¿lo oye V.? nunca—repitió nuestro excelente amigo con cordialísimo y sincero acento—nunca, suceda lo que quiera.... que á Dios gracias no sucederá nada.... porque nada tiene que suceder—añadió con cierta tristeza—ni hace falta que suceda, me apartaría yo de su lado de V. ni dejaría esta casa, único hogar que conozco, pero en el cual me considero como un hijo, ni sabría tampoco vivir sin los cuidados, sin las atenciones y sin el cariño de mi bienhechora, de mi segunda.... ¡qué digo! de mi única madre, de la sola persona que me ha permitido darla ese nombre.... pero vuelvo á repetirlo, ¿qué significa todo esto, qué quiere V. decirme con esos temores y esas dudas que jamás se le han ocurrido en tantos y tan felices años?

—¡Nada.... no es nada!; ¡no me hagas caso! chochees y aprensiones mías.

—No: pues V. no peca de aprensiva, ni gracias á Dios tiene edad todavía para chochear.

—Por algo se empieza—replicó la Baronesa sonriendo con dulzura; y luego, con voz ya serena y como si quisiera cambiar de conversación, añadió:—pero con todas estas tonterías se me olvidaba decirte que ahí tienes una carta..... la han traído con toda urgencia y me han encargado que te dijera que respondieses enseguida.

—Bien: será de la redacción—replicó sin volver la vista hacia la mesa donde, entre otros papeles, le esperaba la carta.

—No; no es del periódico. Han venido á traerla de casa de Tula.

—¿De casa de Tula?—exclamó Lorenzo con cierta viveza; pero luego, como arrepintiéndose de prestar atención á otra cosa que no fuesen los cuidados de su protectora, repuso mirándola fijamente:—pero supongo que esa carta no será la causa de su agitación de V.

—¡Qué disparate!—contestó la Baronesa con franca y tranquilizadora sonrisa—¿por qué habian de alarmarme tus cartas? Ya sabes, hijo mio, la libertad de que aquí disfrutas, y que yo, más que nada, soy en todo y por todo tu amiga, tu confidente, en fin, como tú dices con razón, pobre hijo mio, tu única madre: no hagas caso de mis simplezas y vé lo que te dicen, que acaso sea interesante.....

—Nada puede serme más interesante que lo que V. me diga..... además, ya sabe V. que ha pasado el tiempo en que yo pudiera esperar que de aquella casa llegase para mí ninguna buena noticia.

—¡Quién sabe todavía!..... ¡quién sabe!—exclamó la pobre señora con sonrisa, que, queriendo pasar por maliciosa, concluyó por ser triste—¡lo último que debe perderse es la esperanza!

—Bueno; pues como yo no tenía otra cosa que perder, también he perdido ya la esperanza..... No hablemos de eso. Si he de decirle á V. la verdad, esos pensamientos, ó como quiera V. llamarlos, esas esperanzas desvanecidas y que nunca han descansado en nada sólido, ni amargan mi existencia ni atormentan gran cosa mi amor propio: al contrario, cuando de vez en cuando, no muy frecuentemente tampoco, me vienen en

mientes, ni procuro rechazarlos, ni ménos me cebo en ellos con cruel é insistente complacencia. He querido á Julia, la quiero tal vez.... aunque de muy diferente manera que ántes; su imágen me es ya familiar y no trato de arrojarla de mi mismo..... pero de esto á una gran pasión..... á un amor desgraciado, ¡bah! ¿qué pasión profunda puede existir sin correspondencia? Ha iluminado mi vida, ha jugado acaso en ella papel muy importante..... ha sido un objeto..... un propósito..... un ideal de mi oscura existencia..... y nada más. Aún debo estarle agradecido.

—¡Así hablan los hombres!—exclamó la Baronesa estrechando otra vez con maternal afecto las manos de Lorenzo— el despecho, la ira, la saña implacable no es propia ni de cristianos ni de caballeros, y yo estoy segura de que nunca lograrán apoderarse de tu corazón; no es eso, al ménos, lo que debe esperarse de tu buen juicio, ni de tus generosos sentimientos. Estoy segura, segurísima, de que nunca dejarás de ser para Julia, excelente y desinteresado amigo.

—Tan desinteresado—respondió con gran naturalidad el protegido de la Baronesa—que ya me ha visto V. hacer la causa y proteger los intereses de mi mismo rival.

—Que por cierto no os merece, ni á tí por amigo, ni á ella por novia.

—Ahora me toca á mí recordar á V. sus injusticias, respecto de un hombre que nunca la ha ofendido.

—No me ha ofendido, es verdad... pero por eso mismo tengo más libertad para desconfiar de todos sus actos.

—¡Tía!

—Nada, lo dicho: si es hombre de quien nada malo se ha oído; en cambio, tampoco puede alabarse de ninguna cosa buena.

—¡Su vida!...

(*Se continuará.*)

SANTIAGO DE LINIERS.

## Á UN GÉNI0 DESCARRIADO.

---

Copia es tu númen, tremebundo vate,  
de gallardo corcel, de vida lleno,  
al yugo indócil del prudente freno  
y sensible no más que al acicate.

Inútil es que quien te rija trate  
de llevarte á buen paso á nada bueno;  
vagar te rinde por el valle ameno:  
te gusta que te monte quien te mate.

Te alegra el pecho caminar á oscuras;  
te encanta de los ecos la voz hueca;  
te desbocas ó en balde te apresuras.....

Y, á fuerza de correr de Ceca en Meca,  
Rocinante te harán las mataduras,  
Pegaso trasformado en un Babieca.

CÁRLOS COELLO.

---

## CRÓNICA POLÍTICA

### DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

---

El puesto de primer Vicepresidente del Congreso, otorgado no sin trabajo al señor marqués de Sardoal, fué, por decirlo así, el alboroque que selló dignamente el nuevo pacto fusionista, completando el significado y alcance de la crisis.

No vaya por esto á creerse que la reciente modificación política ha tenido ni tiene gran significación ni gran alcance; pero ni áun significación personal hubiera tenido si hubiera quedado fuera de sus combinaciones y arreglos la personalidad del antiguo compañero de viaje del Sr. Moret.

Y véase cómo puede ser posible que partiendo dos personas de un mismo punto y andando por el mismo camino, mientras la una arriba felizmente al punto de llegada, vuelva la otra, despues de una penosa marcha, al punto de partida.

Aquí el milagro ha consistido en el equipaje y en la opuesta distribución de las etapas.

El Sr. Moret iba demasiado cargado de ropa, mientras su compañero marchaba á la ligera.

El inventor de la izquierda dinástica ha hecho en su viaje inútiles descansos y ha dado infinitos rodeos, mientras que su auxiliar, sin apresurar el paso y huyendo de descansos y de paradas, se ha ido derecho al bulto, ó por lo ménos al perfil de la posada (conste que no pretendemos aludir al señor presidente del Congreso), y aunque esta posada no puede considerarla el señor marqués como definitiva, es, sin embargo, lo suficientemente confortable para que por ahora le compense de las penalidades del viaje.

Ello no ha sido todo tan llano y hacedero como á primera vista parece. La mayoría, sedentaria de suyo, mostró desde luego pocas simpatías por el andarín de la democracia dinástica y de todo ménos de ofrecerle el segundo sillón presidencial para que descansara de su viaje se ocupaba; pero al fin, á costa de dos días de sesión y de treinta y dos peroratas, entre discursos, rectificaciones y aclaraciones, de una votación en que dijo que sí y de otra votación en que dijo que nó, ayudando un poco el Gobierno y empleándose, nada ménos que una subsecretaria, para restañar la sangre de una de las víctimas del combate, el campo y el disputado sillón quedaron por el marqués demócrata, que, *incontinenti*, tomó de él posesión, como si no se hallara seguro de haberle conseguido.

Nuestros lectores conocen ya al menudeo la edificante historia de la votación del día 14, en la que se acordó, por sorpresa, que podían elegirse separadamente los individuos que habían de ocupar las vicepresidencias vacantes; del debate del día 15, en el que la Cámara anuló el acuerdo del día anterior, decidiendo que los vicepresidentes debían elegirse en monton, como pimientos en feria; del juego de cubiletes con que el

Gobierno, repartiendo entre sus más íntimos amigos papeletas con sólo el nombre de su candidato predilecto, preparó el triunfo de éste por considerable número de votos, y por fin, de la votación definitiva del día 16, en la que, aunque no tantas como se esperaba, obtuvo sin embargo el marqués suficiente número de papeletas para resultar elegido vicepresidente primero.

Pero, por si acaso los lectores de la REVISTA no conservan memoria de los datos, detalles é interioridades misteriosas de este asunto, pueden considerarle resumido en este título, tan familiar en el teatro moderno: «Un vicepresidente, una subsecretaría y varias equivocaciones.»

\*\*\*

Es cuestion de las que se llaman selectas la que consiste en averiguar si el Gobierno, ó mejor dicho, su inamovible presidente, han ganado algo en las fuerzas que haya podido traerle el marqués demócrata-dinástico.

No falta quien pretende, dado el exíguo número de diputados que siguen personalmente las inspiraciones del batallador demócrata, que no está compensada su conquista con el descontento que su participacion en el botin ha sembrado en las filas de la mayoría.

La legion fusionista, fogueada ya en diversos combates y legitimamente posesonada del real Parlamentario, no puede, sin desconfianzas y recelos, ver cómo comparte con ella sus mejores tiendas una mesnada allegadiza, de gente, aunque esforzada, poco segura, y más alborotadora que disciplinada.

Pero el ojo militar del general en jefe no se equivoca así como quiera, y al imponer con el rigor de la disciplina á los tercios viejos la compañía y la alianza de estas tropas nuevas, no lo ha hecho tanto por allegar recursos, como por privar de recursos al contrario.

Hace tiempo que los partidos españoles, y más especialmente los partidos gobernantes, aplican para desorganizar á sus enemigos la teoría del Sifón.

Sagasta, no pudiendo combatir de frente á la izquierda, ni paralizar sus trabajos, ni cortarles por completo las aguas, emplea para absorber sus fuerzas, ó por lo ménos para debilitarlas, los tubos comunicantes de la democracia gubernamental, de que son jefes y casi únicos soldados los Sres. Romero Giron y Marqués de Sardeal.

Aplicado á la izquierda tan sencillo artefacto, bien pronto empiezan á conocerse sus efectos. Las corrientes democráticas vienen á afluir á la fusion por el cauce de la benevolencia, el nivel del entusiasmo y de la cohesion, baja insensiblemente, y si por de pronto no se logra establecer el vacío alrededor del Duque de la Torre y de la Constitucion del 69, al ménos se enflaquece de una manera muy sensible el caudal de sus simpatías y esperanzas.

\*\*\*

No era posible que un partido nuevo, y que desde su nacimiento más ó ménos natural, ha hecho bizarro alarde de una organización vigorosa, de una vida robusta y de un sistema completo de gobierno, dejara de dar cuenta de su existencia enfrente de la situación reformada, formulando, como es costumbre en tales casos, no un programa, que eso es como quien dice su fé de bautismo, sino un proyecto completo de organización para que sirviera de envoltura al recién nacido.

La organización de los partidos es entre nosotros cosa facilísima. La

misma receta sirve para todos, lo cual no impide ciertamente que despues de aplicada á cada uno no sirva para nadie.

Escribense sobre el papel los sonoros nombres de Comité Central, Comités provinciales, Comités de partido y Comités municipales; se nombran las juntas, se reparten como pan bendito los puestos escogidos, empiezan á funcionar los secretarios, que suelen ser por lo comun media docena de jóvenes aspirantes; se cambian otros tantos telegramas y otras tantas felicitaciones; cuando el caso lo requiere se celebra la organización con un banquete, y al cabo de quince dias los seis secretarios se entretienen para matar sus ocios en fabricar pájaras, barquichuelos y sombreros de tres picos con el lujoso papel timbrado que no tiene por lo comun empleos más útiles á que dedicarse.

No sabemos, puesto que no estamos ni pretendemos estar en las interioridades de la izquierda, si la organización del nuevo partido será más eficaz y fructifera que la organización de otros que han empleado con este objeto idénticos procedimientos; pero no creemos aventurado afirmar de él en particular lo que en general afirmamos de todos, es á saber: que los partidos así, los de la izquierda como los de la derecha, son por lo comun lo que son sus jefes, valen lo que valen sus jefes y no tienen ni sufren otra organización que aquella imprevista y no reglamentada que nace fortuitamente de las circunstancias, que en ciertos momentos les hace aparecer unidos y compactos, sin que nadie, ni sus mismos jefes, sean capaces de anunciar ni mucho menos de prevenir el momento histórico en que toquen á desbandarse y á romper filas.

Los partidarios de la izquierda celebraron su reunión organizadora en el salón de presupuestos del Congreso, pero mejor que en el salón de ese nombre se organizan los partidos con el presupuesto en la mano.

\* \* \*

No sólo se tomaron en esa reunión acuerdos administrativos; adoptáronse tambien acuerdos políticos, y entre otros, el de procurar por todos los medios parlamentarios la modificación ó supresión del juramento.

Es esta una cuestión en que el partido constitucional habia contraído solemnes compromisos, que se ha renovado en cuantas ocasiones se han constituido por vez primera las Cámaras, que ha sido objeto de pactos y componendas entre dinásticos de la vispera y dinásticos condicionales, y por lo tanto, no es de extrañar que con ocasión de la crisis, y de haberse reforzado, digámoslo así, la situación con algun elemento democrático, haya vuelto á ponerse á la órden del dia.

Aquí, donde las inconsecuencias de los hombres públicos nada prueban, ni contra nadie constituyen un argumento sério, hubiera merecido incondicionales aplausos el Sr. Sagasta si resueltamente se hubiera opuesto á la derogación del *statu quo* en tan delicada materia.

Pero aunque no es el Presidente del Consejo, hombre que fácilmente se asuste ante una inconsecuencia más ó ménos, no ha tenido en este asunto, que no se presta fácilmente á ser resuelto con ambigüedades ni distinguos, la viril resolución que el caso requería.

No sólo para los católicos principalmente interesados en que se conserve la fórmula religiosa, sino hasta para los mismos monárquicos y conservadores, la cuestión queda resuelta en cierto modo desde el instante en que á voluntad del que le otorga, el juramento se convierte en una simple promesa.

En la puja de monarquismo que ahora se ha puesto en moda, coincidiendo con la declaración de partidos legales, hecha en favor de todos los democráticos se quiere compensar la falta de solemnidad de la afir-

mación con lo concreto de la fórmula reglamentaria, como si se pretendiera demostrar que no se trataba de respetar las opiniones políticas del que la cumplía, sino precisamente sus opiniones, ó dudas religiosas.

Y es lo más notable que el argumento Aquiles de la secularización del juramento se funde en la supuesta incompatibilidad de la tolerancia funestamente establecida en el art. 11 de la Constitución con la antigua y tradicional fórmula de juramento. Como si ese mismo artículo no estableciera, al propio tiempo que la tolerancia, la declaración de ser la Religión Católica la del Estado.

¿Y qué estado católico es este, podía preguntarse, que en sus actos más solemnes como son los que se refieren á las relaciones entre el poder y sus representantes, es decir, en aquellos actos que constituyen, por decirlo así, la clave de las más altas funciones del Estado mismo, renuncia voluntariamente á la sanción religiosa de las promesas y prescinde del nombre de Dios para sustituirle por la vana aserción de la conciencia de la palabra ó del honor puramente humano?

\* \* \*

Aparte de este asunto del juramento que tanto en el Senado como en el Congreso se ha discutido, sino de frente por lo ménos de soslayo con las proposiciones del Sr. Corradi y del Sr. Carvajal, las sesiones de estos Cuerpos Colegisladores no han ofrecido todo el interés que la resolución de la crisis y la innegable transformación ó recomposición del ministerio parecia anunciar.

La cuestión política no ha dado juego. Encerrado el Gobierno en la fórmula constitucional de que este Gabinete es continuación del anterior, y siendo de difícil prueba, dado el mutismo de los ministros de nuevo cuño, la proposición contraria, las oposiciones han tenido que buscar otro campo para sus escarceos y maniobras, y le han encontrado, con efecto, aunque no tan despejado ni brillante, en mil incidentes é irregularidades administrativas, en preguntas intencionadas, pero de respuesta poco comprometida, y en alguna de las cuales, sin embargo, como en la formulada por el Sr. Ampuero, no ha quedado muy lucido ni el prestigio del Gobierno, ni la habilidad parlamentaria del nuevo Ministro de la Gobernación.

Los conservadores, cuya influencia en el Congreso y cuya práctica en las contiendas del Parlamento son innegables, no han seguido despues de la crisis la conducta batalladora en que tanto se distinguieron al principio de la legislatura.

Cualquiera diria que la solución de la crisis les ha sorprendido y que vacilan ahora que ven momentáneamente alejada del poder á la izquierda, entre dar fuerza á esta fracción ó recoger con prudencia y habilidad entre los elementos conservadores de la mayoría á los desperdigados y asustadizos centralistas que son, despues de todo, sus más naturales afines.

A caso acentúen su oposición al discutirse los presupuestos, escogiendo este momento para poner en claro la gestión económica del ministro saliente, de que el Ministro entrante se ha declarado continuador y partidario.

Difícil ha de ser aún en ese momento ver claramente definido lo que importa más al país que las habilidades parlamentarias de conservadores, fusionistas y demócratas, el estado del Erario público, y la situación definida de nuestra Hacienda, despues de las importantes modificaciones y atrevidas mudanzas del Sr. Camacho.

Hoy, entre los partidarios de su administración y los que la tachan de imprevisora, no es fácil ver claro.

Los unos aseguran que el ejercicio del semestre se ha cerrado con sobrantes. Los otros afirman que tales sobrantes son puramente ilusorios y que al final del año han de resolverse en un déficit.

Ni aun el termómetro, siempre certero, de la Bolsa puede ilustrarnos en punto tan oscuro.

Lo único que sabemos es que está en baja y que la baja obedece sin duda á motivo fundado.

¿Es un saludo de cortesía al ministro saliente, un á modo de luto con que llora su ausencia?

¿Es, por el contrario, un resultado previsto de las pasadas operaciones y combinaciones del Sr. Camacho?

¿O es sencillamente, como algunos aseguran, una consecuencia natural de la nueva emisión del Banco de España que la plaza tiene que recoger en pocos días realizando otros valores?

Los bolsistas son poco dados á este género de averiguaciones, y en general les importa más que saber el por qué de las oscilaciones de la Bolsa, la fecha aproximada en que esas oscilaciones se verifican.

Llega tarde LA REVISTA para enterar á sus lectores del origen, trámites y alcance del ridículo expediente de proscripción formado en la vecina República contra los príncipes de familias soberanas residentes en Francia.

Por cualquier lazo que se considere este asunto, siempre presentará los caracteres de un mal negocio para la vitalidad de la República. Es lo cierto que esta no ha tenido habilidad bastante para ocultar su miedo, ni fuerza suficiente para sobreponerse á él impidiendo la aprobación en las secciones de la proposición Floquet.

Cualquier cosa daría Mr. Grevy porque la proposición no prosperase, pero es ya poco ménos que indudable que la proposición será votada.

Entre tanto Mr. Duclerc y su Ministerio, impotentes para resolver la cuestión, se han visto obligados á dimitir, y el Presidente de la República ha encomendado la formación de otro nuevo al Sr. Jules Ferry, que resultantemente se ha negado á aceptar el encargo.

La situación se agrava en Francia por momentos: en París reina gran incertidumbre y agitación, y la Cámara, dividida, cansada y poco segura de sí misma y del mismo Presidente del Ejecutivo, es imposible que tenga fuerza para suministrar en los actuales momentos ni un nuevo Ministerio para la mayoría, ni una nueva mayoría para el Ministerio, si es que llega á formarse.

Y decimos si llega á formarse, porque aun cuando el telégrafo con fecha 29 nos dice que el Ministerio se ha constituido sobre la base de monsieur Faillieres, Ministro dimisionario, y que dicho Gabinete será como el que aquí preside el Sr. Sagasta, continuación del anterior, faltan en él nada menos que tres ministros (el de Negocios extranjeros, Guerra y Marina), y en dicha fecha no se encontraba quien quisiera cubrir las vacantes de los Sres. Duclerc, Billot y Jaureguiberry. ¿Puede gobernarse un país con un Ministerio de esa talla? ¿Puede siquiera vivir ese Ministerio ante la opinión y ante las Cámaras? ¡Y es precisamente este Ministerio el que va á pronunciar á nombre de Francia el decreto de expulsión de sus príncipes!

El lento, pero admirable trabajo de restablecer sus relaciones con todas las potencias, que con otros del órden puramente espiritual constituyen la gloria del Pontificado de León XIII, no podía menos de excitar las iras del Gobierno del Quirinal que, protestando hipócritamente de su respeto á la libertad del augusto prisionero del Vaticano, comprende al fin que el brazo del Vicario de Jesucristo, aun injustamente desposeído del cetro soberano, va poco á poco trazando alrededor de Italia un círculo de hierro, en la que ésta tiene que confesarse, sino material, moralmente vencida.

Por eso, y coincidiendo con las negociaciones de la Santa Sede con Rusia, con Alemania y con Inglaterra, el Gobierno del Rey Humberto se esfuerza en emplear todos los recursos en que suele ser tan fecunda la política italiana, para desbaratar, ó por lo menos entorpecer dichos trabajos diplomáticos.

Ya hace publicar en los periódicos ingleses (el *Standard* entre otros) correspondencias apócrifas de Roma, en las que se asegura, apropósito de la correspondencia entre el Cardenal Jacobini y el Cardenal Mac-Cabe, que Inglaterra se retira de las negociaciones por temor de disgustar á Italia su fiel aliada.

Ya trata de crear una agitación ficticia respecto del convenio con Rusia, afirmando que en él se sacrifican al deseo de relaciones constantes con aquel imperio los intereses de los católicos polacos.

¡Pobres intrigas, despues de todo, que el tiempo se encargará de desvanecer! De todas partes, hasta de los países y de las razas secularmente enemigas del Catolicismo, acuden los hombres y los soberanos más poderosos en demanda de auxilios al pobre y desvalido anciano, al Rey prisionero que no puede ofrecerles más que la verdad, la unidad y la fuerza moral de su imperecedera palabra.

Pero ¡ah! que esa santa palabra es precisamente la que los Reyes y los poderosos necesitan; esa palabra, que unas veces aconseja la unión, que otras veces predica la paz, y que siempre proclama la justicia, vale, á los ojos de los políticos y de los Monarcas previsores, más que brillantes alianzas y costosas é inseguras conquistas, porque ella y sólo ella puede gobernar el mundo moral, que se les escapa de las manos á pesar de sus miles de funcionarios y de sus millones de soldados.

Madrid 30 de Enero de 1883.

S. DE LINIERS.

## MISCELANEA.

### CARTA DE LA SANTIDAD DE LEÓN XIII

al eminentísimo señor Cardenal Mac-Cabe, Arzobispo de Dublin.

León XIII Papa.

Querido hijo, salud y bendición apostólica.

Hemos tenido una nueva prueba del amor y de la adhesión de ese Episcopado católico de Irlanda á esta Sede apostólica en vuestra carta de 4 de Octubre último. Esta carta prueba además vuestro profundo afecto y vuestro reconocimiento, por el interés que nos tomamos por la prosperidad de Irlanda, y por los consejos que en vista del progreso de los desórdenes populares, hemos creído deber dar en nuestra carta de 1.º de Agosto último, para bien de nuestros queridos hijos del pueblo fiel de Irlanda.

Seguramente debemos felicitaros, querido hijo, y á los otros Obispos de Irlanda, por el celo digno de vuestro santo ministerio, con que os dedicais á calmar las agitaciones de vuestra patria y á guiar á vuestro pueblo fiel, debemos felicitar también al pueblo católico por haber recibido vuestras palabras con rendida obediencia, por haber sobrellevado los males de una suerte desgraciada con espíritu cristiano, y por no permitir que sus quejas traspasen los límites del deber y de la Religión.

Pero aunque el pueblo fiel de Irlanda dé pruebas evidentes de su celo por la Religión y de su adhesión á las leyes supremas de la Iglesia, el estado de los negocios públicos exige que continúe teniendo presentes en el espíritu, los consejos que en nuestra afectuosa solicitud por su bienestar le dimos antes de ahora; porque los adeptos de las sociedades secretas no dejan de recurrir á actos criminales, no dejan de enardecer las pasiones del pueblo y de adoptar, buscando remedios peores que el mal mismo, una conducta destinada á conducir á sus conciudadanos, no á la salvación, sino á la destrucción.

El pueblo fiel debe estar convencido de que la honradez y la utilidad tienen un sólo signo distintivo; de que la causa nacional debe ser bien distinta de los proyectos, de los planes y de los actos de las sociedades secretas; de que es justo y legítimo que los que están oprimidos reivindiquen sus derechos por los medios legales, y de ningún modo por medio del crimen, y de que la divina Providencia concede á los virtuosos el goce de los frutos de la paciencia y de la buena conducta, y somete á los malos á los castigos de Dios y de los hombres.

Al hablaros así de nuestros deseos por el aumento de la fé y del bienestar de Irlanda, no dudamos, queridísimo hijo, que vos y vuestros venerables colegas, con vuestros comunes consejos y con vuestro amor fraternal, seguireis teniendo alejado á vuestro pueblo fiel de los que

conducidos ciegamente por sus propias pasiones, creen servir á su patria perpetrando crímenes, aconsejando á otros que penetren en caminos perversos é imprimiendo una mancha deshonrosa en la causa de su país. Nós nos regocijamos de que hayais cumplido eficazmente este deber de vuestro celo sacerdotal, cuando en vista de los peligros preparados á la juventud católica de Irlanda habeis publicado una carta-pastoral en que habeis denunciado públicamente estos peligros, avivado la solicitud vigilante de los fieles, y mostrado el cuidado que os tomáis por su bienestar y por el fomento de los intereses de la Religión y de la patria.

Estos graves deberes de la carga pastoral y los intereses públicos de Irlanda, exigen imperiosamente que el Clero dé todo su apoyo á sus Obispos, y use de todos sus esfuerzos para calmar las pasiones de sus conciudadanos y los desórdenes populares. Para el ejercicio propio de esta saludable influencia del ministerio sagrado, principalmente cuando se trata de meetings populares en que los negocios públicos son calurosamente discutidos, en que se levantan contiendas, estimamos prudente que adhiriéndose estrictamente á vuestros decretos relativos al clero joven, sólo autoriceis la presencia en estos meetings de los eclesiásticos, cuya prudencia os inspire completa confianza, que su edad y su experiencia han hecho se distingan por su sabiduría y por su influencia, y que por esto mismo son los más capaces de guiar una asamblea excitada por lo que es justo y honesto, de responder á las falsedades de los malos y de ser los mejores campeones de las medidas juiciosas.

De esta manera el Clero constituido por vos en guarda de la seguridad pública y en defensor de los intereses comunes será de grande utilidad en la crisis actual.

No podemos, finalmente, en esta ocasión, querilísimo hijo, dejar de manifestaros nuestros particulares sentimientos de afecto, y nuestros elogios por los comunes esfuerzos hechos por vuestros venerables hermanos, en defensa de la educación católica de la juventud, y en la conservación de la Universidad católica, adoptando los planes que os han parecido necesarios y ventajosos para el establecimiento y la protección de la ciencia verdadera y sólida, como para la difusión de sus frutos. En lo que concierne á los Seminarios eclesiásticos, vuestra atención se fija principalmente en los jóvenes que aspiran al sacerdocio, á fin de que sean diligentemente instruidos en las ciencias útiles y en las virtudes, y en que los que se dedican á estudios filosóficos reciban en todo lo posible la enseñanza del doctor Angélico.

Rogando sinceramente al Dios de las misericordias que favorezca con su gracia vuestros esfuerzos, vuestros proyectos y vuestras acciones, que haga de vuestro Clero instrumento poderoso de su gloria, que consuele en su bondad á vuestro pueblo fiel, y que permita que los que han sembrado con lágrimas recojan con gozo; concedemos con amor la bendición apostólica, como testimonio de nuestro afecto á vos, queridísimo hijo, á todos los Obispos de Irlanda, á todo el Clero y á todos los fieles confiados á vuestros cuidados

Dado en San Pedro el 1.º de Enero de 1883, año quinto de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, *Papa*.

El día de San Francisco de Sales, patrono de la Unión Católica, acudió esta amadísima Asociación al Palacio del Emmo. Cardenal de Toledo, nuestro venerable Prelado, quien despues de celebrar el santo sacrificio de la Misa pronunció la siguiente exhortación:

—«Señores sócios de la Unión Católica:

»Aun cuando parece propio y adecuado guardar un religioso silencio despues de celebrar los sagrados misterios que todos habeis contemplado asistiendo al Santo Sacrificio, creyendo, sin embargo, acceder á vuestros deseos para celebrar la solemnidad religiosa de San Francisco de Sales, gran protector de las almas y patrono de la Unión Católica, voy á daros una breve conferencia espiritual.

»Para esto, señores, me ha parecido conveniente recordar aquel tierno y patético sermón que el Salvador del mundo dirigió á sus discípulos despues de la última cena. El Señor, nuestro amoroso Jesús, quiso interesar el corazón de todos sus discípulos y así les dijo: «Hijos míos, un poco y me vereis y otro poco y ya no me vereis.» Y á fin de darles idea de su grandeza y de la autoridad divina con que les hablaba, les recordó: «Hijos míos, salí de mi Padre, del seno de Dios eterno y vine al mundo, donde ahora estoy preparándome para la redención del género humano.»

»Hecha esta manifestación de su soberania, trató de excitar en ellos el amor, é impuso ese precepto del amor á todos los que se precian de verdaderos cristianos, á todos los que, como vosotros, señores sócios de la Unión Católica, se precian de ser activos y celosos propagadores de las doctrinas y de las enseñanzas de la Iglesia. Es la caridad el gran vínculo con que se unen los hombres entre sí y con Dios.

»La caridad no reconoce más que una causa, pero en el modo de practicarse este precepto, caben distintos grados y diferentes formas. El primer grado de la caridad es: *Amarás al Señor, tu Dios*; y el segundo, difícil ciertamente de cumplirse en algunas ocasiones, *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*. En estos dos preceptos está manifestada la excelencia del hombre, en el amor, pues como dice San Bernardo, *talís est homo, talís est amor*. El cristiano es y debe ser un cumplidor exacto de la ley, y sólo con esta condición recorrerá la senda del bien. Así dijo San Agustín: *Si amas bonus, bonus es, si amas malum, malum es, si amas Deum, divinus es*.

»Pero el amor no consiste sólo en el afecto, se necesitan obras; y por esto dice San Bernardo que si el amor es verdadero amor, obra grandes cosas, cosas perfectas; pero si no se externa por obras dignas del amor, para complacer y servir al amado, no es amor. Así que en el Cantar de los Cantares dice el divino Esposo: «Pon mi señal, mi imagen sobre tu corazón, pero tambien sobre tu brazo.»

»Excitemos incesantemente al cumplimiento del primer precepto de la ley de Dios. Cuando Jesucristo, Señor Nuestro, iba á separarse de sus discípulos, les dijo como última despedida:—«Os doy un nuevo mandamiento, que os ameís los unos á los otros, como Yo os he amado.»—¿Y cómo les habia amado?—«Como mi Padre me ama á mí.»—Este es el nuevo mandamiento, el mandamiento por excelencia, el amor fraternal: este es el precepto que debo recordar en este día á todos los ilustres y piadosos miembros de la Unión Católica.—

»Cualesquiera que sean vuestras ocupaciones y vuestro ministerio, pues que en la Unión Católica hay personas de diversas profesiones, hombres políticos, literatos, abogados, etc., en vuestras conversaciones,

en las cátedras, en el periódico, siempre tened presente el precepto de la caridad.

»Y debéis siempre recordarlo, *ut omnes unum sint*, para que todos los cristianos, y en especial todos los socios de la Unión Católica, sean una sola cosa, una sola persona, y tengan un sólo pensamiento.

»En estos mismos días ha hablado principalmente á España, el gran sábio, el insigne Pontífice que rige la Iglesia, León XIII, y se ha dignado dirigir á todos los Obispos de España una notabilísima Carta Encíclica, en la que afirma una vez más la doctrina de la Iglesia. Encargo especialmente á todos los que pertenecen á la Unión Católica que lean y releen ese documento importantísimo, y no se aparten de la doctrina que declara

»Jesús, después de inculcar á sus discípulos el precepto del amor, quiso recomendarles la paciencia. «Os doy mi paz, les dijo, pero no con el mundo que la busca en las alegrías pasajeras y en la satisfacción de los intereses materiales; la paz que yo os doy es la gracia, la de verdaderos discípulos míos, la que consiste en ejercitar todas las virtudes por medio de la paciencia, y como yo sereis perseguidos, y como yo odiados.»

»Ahora bien: ¿habremos de abatirnos y desfallecer por esas persecuciones y esos odios que sobre nosotros se acumulan? No descendemos de raza tan débil los cristianos. Nuestra raza es divina; descendemos del mismo Jesucristo, que padeció y murió por nosotros: nuestra raza es noble y distinguida. A ella pertenecieron los tiernos niños Justo y Pastor; á ella las ilustres doncellas Justa y Rufina; á ella los valerosos jóvenes Vicente y Lorenzo, y otros mil que sellaron su fé santa con su sangre.

»Y con razon, señores míos. Ya que el Señor nos concede tiempo para meditar sobre esto; cuando tantos y tantos ilustres personajes van desapareciendo del mundo en estos mismos días, ejercitémonos en todas las virtudes por medio de la paciencia. ¡Con qué ligereza se nos insulta! ¡Con qué facilidad se nos calumnia y apesadumbra! ¿Y qué debe hacer el cristiano? ¿Murmurar? ¿Condolerse? Debe sólo procurar agradar á Dios, debe perdonarlos, pedir por ellos y volver bien por mal. Al fin la recompensa eterna coronará estos laudables sacrificios.

»No ceséis, pues, en la oración. El cristiano lo puede todo en Jesucristo, que nos conforta, ha dicho San Pablo: pedid á Dios lo que le sea aceptable; que la oración vaya acompañada de la gracia santificante; que el corazón sea puro, recto y santo, y, no lo dudeis, la Unión Católica conseguirá que todo sea una unidad con Jesucristo: *ut omnes unum sint*.»—

Terminó esta cristiana ceremonia dando el Prelado á besar su anillo á todos los concurrentes, dirigiendo á cada uno de ellos afectuosas y oportunas palabras, que han regocijado los corazones y enardecido el amor y respeto que profesan al Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.

El día 22 del corriente llegó á Madrid el nuevo Nuncio de Su Santidad en estos reinos, Monseñor Rampolla. Bien venido sea el dignísimo representante de León XIII. No dudamos que cumplirá con sumo acierto su delicada misión, porque le conocimos y admiramos cuando estuvo entre nosotros en tiempos del ilustre Cardenal Simeoni.

Deseábamos decir algo del precioso libro compuesto por nuestro amigo D. Antonio Rubio y Lluch, que lleva por título *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, de las conferencias dadas en el *Círculo Católico* por el Sr. D. Toribio del Campillo, quien dá gallardas muestras de su vasto saber y buen juicio, al estudiar las bibliotecas de la antigüedad; de la interesante revista *La madre y el niño*, que dirige nuestro fraternal amigo Tolosa Latour; de *Les matinées espagnoles*; de las reuniones íntimas que dan, una vez por semana, los Condes de Canga-Argüelles, en las que Beck hace primores en el piano y recibe mil paralienses, y siéntese, con harta razón, envanecido por ser el maestro de la discretísima hija de los Condes; del ya terminado discurso que para su recepción en la Academia de la Historia, ha escrito el Sr. Menendez Pelayo acerca del «concepto estético de la Historia,» y de otras varias cosas de menor cuantía; pero nos falta espacio y hay que tener paciencia hasta el número próximo.

---

#### NECROLOGIA.

---

El día 30 del mes corriente, á las seis de la tarde, sirvióse Dios de llamar para sí al que fué en vida Marqués de Mirabel, espejo y dechado de caballeros cristianos. Su muerte ha sido profundamente sentida, porque hombres del carácter y del temple de alma del Marqués escasean mucho en estos tiempos. Reciba la familia del ilustre difunto el muy sentido pésame que le envía la REVISTA DE MADRID.

---

#### ERRATAS.

---

Fueron tan graves algunas de las que se deslizaron en el número anterior, que es fuerza subsanarlas. Prescindiendo de la que echarian de ver nuestros lectores en la página 5, donde resultó, por la colocación de las palabras, un verso kilométrico, advertimos las siguientes:

Página 34 —Dice:—Cuyo asunto es altamente *rústico* y elevado.— Debe decir:—Cuyo asunto es altamente *místico* y elevado.

La misma página —Dice:—Esta simbólica *canción*.—Debe decir:—Esta simbólica *unión*.

## LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA. <sup>(1)</sup>

---

(Continuación.)

Sentadas ya las bases en que descansa y el eje sobre que gira la ciencia que con el nombre de *Filosofía de la Historia* conocemos; marcadas ya las trascendentales diferencias que en el modo y manera de considerarla existen entre la escuela racionalista y la escuela católica designadas en la ciencia y en la historia con los respectivos nombres de *fatalista* y *providencialista*, réstanos ahora combatir con las armas de la razón, en el terreno de los principios, la falsa *filosofía* de la historia, la que pretendiendo librar al espíritu humano, preso, según ella, con las ligaduras de la fe, le encierra en la jaula de hierro del *fatalismo*, conduciéndole por la inflexible mano de la lógica al falseamiento de la historia, calumniando al pasado, adulando al presente, dorando el porvenir y cubriendo con la nube de la mentira cada paso atrás, cada tropiezo ó cada caída que da la humanidad en su peregrinación continua, como «mentís» solemne dado á la humanidad misma, á la escuela cuyo principio consiste en considerar como ley del progreso á la ley de la historia.

Y para combatirla, preferimos hacerlo en el terreno de los principios y con las armas de la razón, como hemos dicho, ó verificarlo en el terreno de los hechos y con las armas de la historia, como bien pudiéramos hacerlo; la razón es obvia. En las discusiones y polémicas históricas entra por mucho la

---

(1) Véase el número anterior.

apreciación y poco la evidencia: hácese precisas, continuas y variadas citas, é indispensable verificar las contrarias, so pena de ser víctima del más grosero engaño, como lo son los lectores de Renán, que no se tomen este trabajo, y como lo fueron los de Llorente y otros autores en no lejanos días, mientras que en las discusiones filosóficas es siempre cuestión de evidencia, nunca de apreciación, y el sofisma más ingenioso puede pasar plaza de perfecto silogismo, faltando, como tiene que faltar, á sus más fijas é invariables reglas.

Pero antes de combatir al racionalismo del siglo XIX, démosle sincero parabien, porque aunque de un modo imperfecto, estudia la historia y se ocupa de ella, en vez de relegarla al olvido, como con el más profundo desprecio hicieron los racionalistas del siglo XVIII: *suum cuique*.

Muchos son por cierto los argumentos que al fatalismo racionalista opone el providencialismo católico; mas no combate bien soldado embarazado con muchas armas, y no vacilamos en escojer, una al acaso, en tan numeroso arsenal, seguros de encontrarla de acerada punta y fino temple.

Nosotros preguntamos á la escuela racionalista: puesto que la humanidad vuelve en unos caminos á su punto de partida como una inteligencia enferma en un círculo vicioso; puesto que los grandes crímenes y las grandes virtudes se suceden y mezclan simultáneamente en la historia, ¿qué progreso es el tuyo que así retrocede, que así se revuelve, que así se extravía ciñéndose á las ondulaciones de la humanidad vacilante en vez de extenderse recto para que sea más corto, ancho, para que la humanidad no tropiece, elevado para que la humanidad suba y no sujeto al tiempo ni al espacio, para que el templo de la perfección no sea morada destinada sólo á las últimas generaciones, mientras que las primeras mueran en su esperanza ó á su vista, como Moisés espiraba en las cercanías de la tierra de promisión, sin poder descansar en ella sus plantas abrasadas por las arenas del desierto? ¿Qué moral es la tuya que así cambia y varía á medida de la sustitución de los tiempos? Por que si no cambia, si no muda, si espera fija la llegada del tiempo en que la humanidad pueda

adoptarla, el criminal será una víctima y en la hora de la expiación podrá arrojar, con sobrada razón, á la faz de la justicia divina y humana estas palabras: «¿Qué me pides, qué quieres de mí, en nombre de quién me castigas? Yo no he venido al mundo en época posible de perfección y de virtud, soy inocente.» En tanto que el justo preguntará: «¿Por qué me premias? Yo he venido al mundo en época fatal de bien y de virtud, y mi mérito es semejante al de la piedra que cae obedeciendo á la gravedad, ó al de la flecha que vuela obedeciendo al impulso.»

Bien sé que en nombre de tu razón humana, que comete el irracional intento de sobreponerse á la razón divina de quien emana, no crees que fué el hombre sér inmaculado y perfecto en los albores de la creación y que hundido en los albores de la culpa emprende al nacer individualmente la ascensión á que el Cristianismo le convida con estas sublimes palabras, síntesis del verdadero progreso: *Estote ergo vos perfecti sicut et Pater vester ocalestis perfectus est*; pues al considerar entonces la inteligencia de Adán y compararla con la de un cafre ó un hotentote, verías por tierra la base de arena de tu decantada teoría; pero ¡oh fuerza de la lógica! el errado principio te lleva á la conclusion absurda, y en desprecio de toda razón y de toda ciencia llamas al salvaje, al hombre *degenerado*, el hombre *primitivo*; y sé tambien que para tí son vanas quimeras las penas eternas y los eternos premios, sanción natural de la justicia divina; pero tales errores dejan al descubierto los vulnerables flancos de tu teoría, que de señalarme acabamos, y en tanto que tu escuela racionalista me explica esta sencilla objeción, recordando el progreso de Roma, desde Augusto al de Augústulo el de Grecia, desde Pericles á Paleólogo el de Jerusalem, desde Salomón hasta Tito, yo descubriré el velo que te cubre, yo te arrancaré la máscara que te oculta, si es que antes no enseñas el rostro, como más de una vez lo has hecho, llamando en tus publicaciones la religión del porvenir al culto de la razón, porque las demás las consideras ya viejas y por tanto atrasadas.

Dime qué frutos daría un árbol, cuyo tronco al nacer

fuese aprisionado con apretados anillos de inflexible hierro, cuyas ramas, al extenderse, chocaran con reducida bóveda, que por todas partes las oprimiese, y cuyas raíces se extendieran sobre un suelo de granito, y yo te diré entonces los frutos que puede dar el árbol de tu ciencia, nacido de tu racionalismo, oprimido por tu fatalismo, y cuyas ramas hallan como invencible muro ante su desarrollo la verdad histórica, la indestructible y poderosa cadena designada con el modesto nombre del *hilo de los hechos*.

Y en tanto que la escuela racionalista nos responde á estas preguntas, descansenos nuestras miradas sobre la marcha y progresos de la escuela providencialista en el camino de la ciencia serena, tranquila, reposada, que camina á la par de la humanidad apuntando en un libro titulado *Cargo* sus extravíos y aberraciones, registrando en otro titulado *Data*, los terribles castigos que experimenta, llevando, por decirlo así, el balance de la tremenda liquidación providencial y divina.

Por esto cuando ve á la humanidad próxima á contraer una deuda, la grita con poderosa voz: «detente», y cuando la ve agobiada de males, oprimida de dolores, sumida en el desconsuelo y en el llanto, la dice con apagado acento «resignate.»

Pero para pronunciar estas dos palabras; para atreverse á dar el grito de alarma que ha de contener la marcha de la humanidad entera; para intentar aplacar el clamoreo de esa misma humanidad que se olvida de sus delitos al considerar los testigos, creyéndose víctima inocente, es indispensable, es de todo punto necesario poseer el exacto conocimiento de los eternos principios de la justicia y del derecho, de las absolutas nociones de la metafísica cristiana, de las humildes máximas del Catecismo católico, y tendrá punto la madeja histórica para ir desenvolviendo, según sea necesario, el hilo de los hechos. Por eso cuando en nombre del utilitarismo y de la conveniencia, aclamados y considerados como principios filosóficos, se declara que la propiedad no existe; cuando no presta la finca los servicios que pudiera y se la arranca de los brazos de su le-

gítimo propietario para entregarla á manos avarientas, la escuela providencialista consulta el Decálogo que le grita el respeto á la propiedad, registra el derecho que le da el fundamento de ella, oye la voz de la justicia que le demanda veneración y respeto, y arroja á la faz de los expoliadores y de la sociedad que los tolera, la tremenda advertencia sobre lo peligroso del camino, sobre lo inicuo del proceder, sobre lo infalible de la pena, y registrando en su libro de *Cargo* la depredación y el sofisma, el hecho y el principio, espera condolidamente que llegue la hora en que las turbas socialistas apliquen en sus rigurosas consecuencias la falsa premisa ya sentada para gritar á la sociedad saqueada á su vez, á su vez víctima de la usurpación y del pillaje, la dolorosa voz de «resígnate» señalándole con el dedo los eslabones manchados de la poderosa cadena conocida por el hilo de los hechos, y añadiendo enseguida en el libro de *Data* un nuevo capítulo á la ciencia de la filosofía de la historia.

Grandes son los nombres de los que izaron pendón en el ancho campo de esta poderosa ciencia, desde San Agustín hasta Lacordaire y desde Bacón á Montesquieu; pero entre todos y sobre todos se eleva radiante y soberbia la gigantesca figura del sábio teólogo, grande historiador, orador elocuente y escritor admirable, el poderoso génio de Bossuet.

Con la brújula de la filosofía busca entre la espesa selva de los siglos la senda que habian labrado las generaciones primeras para dar paso al Hijo de Dios; el cauce abierto por la humanidad para que manara el arroyuelo que habia de convertirse en rio caudaloso para llegar á ser un dia inmenso Océano. Siguiendo las profundas huellas que el Obispo de Hippona imprimió en los comienzos de esta ciencia al arrojar al mundo su *Civitate Dei*, no se detiene en considerar y estudiar las diferentes fases del gran actor, pero actor secundario en el solemne drama de la historia; su poderosa inteligencia, aunque examina y estudia al hombre, no se detiene en él, sino que se remonta hasta Dios para admirar el gran motor de las evoluciones de la humanidad; porque, como en muchas ocasiones, la más sublime filosofía se halla aquí de acuerdo

con la sabiduría popular que dejó consignado este gran principio (que en nada ataca á la libertad humana) en el conocido refran francés *L' homme s' agite et Dieu le mene.*

Y al paso que la verdadera filosofía de la historia presenta el admirable cuadro de unidad y de progreso, sello que imprime la Religión á todas sus ramas, tanto en la ciencia como en la literatura y en el arte, la falsa filosofía de la historia nos dejó ver el triste al par que ridículo espectáculo de la división y la variedad, hijas del error.

Efectivamente; apenas la escuela racionalista proclama su decantado principio que, volvemos á repetir, es sólo un hecho y falso, de que todo nace, se desarrolla y muere, cuando la *escuela simbólica* deserta de sus filas, considerando á la humanidad perfecta y admitiendo como legítima y necesaria la variedad de religiones, instituciones, principios, como natural conveniencia de la sucesión de los tiempos, y la *escuela fatalista pura* se desprende de su seno proclamando, no el progreso indefinido aunque fatal del espíritu humano, pero independiente y aislado, sino la sucesión fatal de los hechos y de los principios, á pesar ó sin permiso de la humanidad, y resultado de una causa absoluta y despótica que ahoga por completo la libertad humana y el libre albedrío, negando en absoluto la influencia de esta poderosa fuerza en la marcha de la humanidad á través de los siglos.

(*Se concluirá.*)

ALEJANDRO PIDAL Y MON.